

PUERTO NUEVO

Ernesto J. Navarro

Puerto Nuevo

*

COLECCIÓN COMARCA MÍNIMA



El Taller **Blanco**
EDICIONES

Puerto Nuevo

© Ernesto J. Navarro

ISBN: 978-958-49-3511-3

Colección *Comarca Mínima*

Primera edición: septiembre de 2021

El Taller Blanco Ediciones (Venezuela-Colombia)

eltallerblancoed@gmail.com

Tiraje: 250 ejemplares

Ilustración de portada: Juan Francisco Carrillo

Diseño portada y diagramación: Editorial Gente Nueva

Cuidado de la edición y corrección:

El Taller Blanco Ediciones

Impresión: Editorial Gente Nueva

Tel: 320 29 71 - 320 28 40

Bogotá, D.C.

Impreso en Colombia / Printed in Colombia

*Para Indira Carpio Olivo,
mi amor en esta y otras vidas.*

*Para Carmen Emilia Navarro, mi madre.
De sus arrullos, mi zulianidad.
De sus manos, el pan y el trabajo. En ella, la vida.
Atesoró esta historia en su corazón,
hasta que llegó el sol de la cosecha...*

Cuando Germán murió, Puerto Nuevo dejó de ser Puerto Nuevo y durante varias noches la tierra se fue hundiendo hacia el infierno. La mitad de los árboles que estaba en pie, secó, y la otra, se fue resquebrajando hasta tenderse en el hervor de sus calles. "Fue una mardita sequía", dice todavía la gente persignándose el recuerdo.

Hasta ese instante, él habría nacido cinco veces.

La primera, el 28 de mayo del 1926, cuando salió de Isaura en La casa grande de El Ralo y sobre un lomo de tierra falconiana.

La segunda, a orillas de una quebrada cuando apenas contaba con diez meses de nacido, mientras sus hermanos eran empujados al fondo.

La tercera, después de una mala pasada del azar.

La cuarta vez, en las páginas de un libro de educación primaria; y con la última, que nos trae hasta Puerto Nuevo, nacen el primer y último capítulo de esta historia...

Capítulo 1

Las clinejas de la niña

El Jueves Santo de 1927, Isaura despertó antes que los gallos. No hizo ninguna tarea en la casa inundada de espesa neblina. Era día de guardar.

Respetuosa de las costumbres, había terminado los oficios con antelación: cocinó el lunes para la semana, ayunó desde la víspera y durmió en una habitación separada de su esposo para no cometer el pecado de la carne. Se vistió de luto cerrando esa mañana, preparándose para cortejar la pasión y muerte del hijo de Dios. Puso siete pequeños altares alrededor de su casa, que humearon incienso hasta el sábado de gloria y le dejaron impregnada la ropa durante varios días.

El Ralo, donde estaba su casa, era una pequeña población montañosa del sur del estado Lara, fundada a poco más de mil metros sobre el nivel del mar. Era un caserío que miraba de frente a otro de similares dimensiones: El Reloj. Entre ambos pueblitos, colgados de la Sierra de Baragua, pasa hoy la línea divisoria de los estados Lara y Falcón.

Isaura y sus primeros seis hijos vivían en la casa de la hacienda, a la que por siempre llamarán La casa grande. Estaba construida con adobes de barro y techo de 'torta'. Una mezcla de palos de cardón y paja coneja que, Crisanto su esposo, aprendió a preparar trabajando con sus abuelos y ellos de unos indígenas. Alrededor de ese caserón estaban los corrales de las vacas y los chivos, también los potreros para los caballos, las mulas y los burros. Un poco más hacia el norte, se hallaba el conuco de donde obtenían alimentos para el consumo familiar y la venta.

La casa fue levantada en medio de dos cerros que la oculaban del sol hasta que avanzaba la mañana, y que traían la noche a las cuatro de la tarde, cuando la sombra de los montículos cubría el pequeño valle.

Estos cerros eran más que una atalaya natural. El del lado este les traía el sol, la luz, la vida. Mientras que el montículo oeste representaba la tiniebla, por eso lo llamaban *El cerro de la muerte*. Papá Lionzo, el suegro de Isaura, descubrió, casi al costo de su vida, que allí había un enorme círculo de piedras donde se reproducían serpientes venenosas de distintas especies. Al gran círculo rocoso iban a parir mapanares, cascabeles, corales y tragavenados. Vaca, caballo o chivo que se escapara del corral y subiera a ese cerro, no regresaba.

Papá Lionzo decía que esas serpientes hipnotizaban a los animales y que éstos, envueltos en una especie de encantamiento, caminaban hasta sus fauces sin oponer resistencia. Una vez envenenados por la mordedura de alguna de las culebras, la maraña de víboras se disputaba los despojos de la presa.

Él mismo fue víctima de ese embrujo, contaba, el día que descubrió aquel tenebroso lugar buscando madera para las fundaciones de la casa grande.

—Fue así. Yo iba mirando pa'rriba, echándole ojo a las ramas de las matas. A los palos buenos, los espencaba a machetazos. —decía, empezando el relato siempre de la misma forma.

Sólo miraba el camino por donde andaba, cuando alguna piedra grande lo hacía tropezar o la espina de una tuna le

traspasaba la suela de las alpargatas. Todo el día estuvo yendo y viviendo, y cada tanto regresaba con seis o siete palos al punto que había marcado para construir la casa.

Entre los meses de diciembre y agosto, la serranía de Falcón se mece a causa de una fuerte brisa que es capaz de tumbar un cují adulto. Por eso Lionzo llevaba una chamarra tejida con lana de ovejo. Luego de juntar unos diez palos buenos, tomó la trocha que, sin saberlo, conducía al cerro del oeste. Se fijaba en los árboles grandes, buscando troncos o ramas que sirviesen de columnas para su nueva casa.

—En una *desas* le metí un *pataón* a una piedra y se me escocorotó el deo gordo del pie ¡No joda! grité durísimo y me senté apretándome el deo roto con un pedazo de trapo, pa' que se parara la sangre y pa' que volviera a pegarse la uña. Apretaba con fuerza aguantando las lágrimas, aunque no estuviese viéndome nadie. En eso, escuché un ruido bajito. Yo sabía qué animal era y entonces y se me pararon todos los pelos.

Los músculos se le pusieron tan rígidos como la piedra en la que estaba apoyado. Sabía con exactitud que ese, era el sonido de la maraca que agita una serpiente de cascabel cuando se preparan a atacar.

—¡Qué oración ni que nada, paisa! Yo no pude ni invocar mis secretos. Me paralicé del miedo. Esas bichas son el diablo. ¡Eso sí es feo, sabe! Sentir el peso de un animal de esos encima de uno. Yo no sé cuánto tiempo estuvo la bicha sonando la maraca en los pies míos, pero fue un rato largo. Creo que ni respiré... De pronto, así como se apoyó en mis alpargatas, siguió su camino. Igual, yo no podía correr, esa bicha taba muy cerca todavía y el miedo no me dejaba. Abrí los ojos despacito. Miré hacia donde se fue la culebra. Entonces, ¡Carajo! vi aquel hervidero del diablo. Un coñazo

de culebras, amontonadas unas encima de las otras. Grandes, chiquitas, de todos los colores. Estaban revolcándose, empujando a las otras para poder clavarle el diente a un chivo que se estaban comiendo y que aún pataleaba con las últimas fuerzas que le quedaban.

Papá Lionzo sintió asco, pero no pudo apartar la vista del espectro de víboras.

Una de las culebras de aquella maraña, se estiró perpendicularmente sobre las otras y torció la cabeza hacia donde estaba parado papá Lionzo. Él jura que lo buscó con sus ojos de fuego y que le atravesó la mirada, después... no recuerda más.

Moviéndose sin voluntad, dio unos tres pasos en dirección a donde el chivo era devorado. Con la cuarta pisada traspasó el umbral del círculo de piedras que pertenecía a las serpientes.

—Lo que sí recuerdo ¡Se los juro por este puña'o e cruces! —decía entrelazando los dedos—, es que este mismo escapulario ¡Esta imagen de la virgen!, me pegó en la cara como cuando te dan una cachetada. Yo digo que la virgen-cita no quiso que ese día yo me viera con *el chivùo*. Me desperté cerquita de esos animales rastreadores. Salí del embrujo *diuncoñazo* y corrí como si me persiguiera satanás.

Desde ese día, ni él ni ningún otro descendiente de su familia volvió a subir al cerro de la muerte.

La casa grande tenía un techo en forma de "v" invertida que, en la parte delantera, se extendía cinco largos metros y formaba una estancia abierta, sin paredes, repleta de sillas. En ella reposaban hijos, jornaleros, visitantes,

enfermos que procuraban los remedios de Isaura y hasta personas que iban o venían de Coro y pedían permiso para descansar un rato bajo ese inmenso solar techado.

Dentro había una amplia sala a la que Crisanto solo hacía pasar a sus familiares. Después se extendía un corredor ancho y, a cada lado, las puertas de las siete habitaciones. Al fondo de ese pasillo quedaba una cocina ancha y con dos grandes ventanales, que permitían la salida del humo de leña desprendido de la brasa viva del horno de barro.

En el centro de la cocina fue ubicada una mesa rectangular con dos largos bancos en los costados, y presidida por dos sillas: una para Isaura y otra para Crisanto. Junto a la mesa, una tinaja con agua fresca que el viejo hacía cargar a lomo de burro cada mañana desde un manantial. Detrás de la cocina, un cuarto de baño con un tragaluces en el techo, por donde entraba un rayo hiriente del sol de medio día, impactando la cabeza del que se bañaba.

En esa pequeña población de El Ralo, Isaura Cleotilde Sánchez Tambo de Navarro, se había hecho un nombre más allá de la posición de hacendado de su marido. Era esposa, madre, pero también recibía a los niños que venían al mundo en los poblados cercanos: fue partera. Les "echaba el agua" a los recién nacidos para que no anduviesen como animalitos sin sacramentos: fue rezandera. Preparaba medicinas con las plantas que crecen en la serranía: fue yerbatera. Y con taparas elaboraba pequeños recipientes para tomar café a los que llamaba "tatueros", y otros utensilios de cocina: fue artesana.

Isaura media un metro sesenta y cinco, sus ojos estaban envueltos en miel y sus cabellos ardían de sol. Sus manos gruesas terminaban en dedos impensablemente largos. Ella podía tocarse las yemas aún si agarraba una tapara

chiquita. Sus piernas endurecidas por los caminos rocosos de las montañas la sostuvieron hasta entrada en la vejez. Siempre caminó con acelerada determinación. Era una diosa de piel enrojecida que levitó con sus cabellos sueltos entre la aridez de la serranía falconiana.

Ese jueves, 14 de abril, ella despidió a su esposo y a los niños Juan Guillermo y Crisanto Segundo, que salieron con un arreo de mulas a llevar comida a unos familiares en Tupí, otro pueblo cercano. Mientras buscaba la camándula para empezar las oraciones, decidió que primero se tomaba un café bolón. Cogió una taza y se fue a sentar debajo de un cují que ella plantó a siete largos pasos del solar techado. Pero antes de que el primer rayo de sol apareciera escuchó un grito que bajaba del cerro del este:

—Comadre, ise me muere la muchacha!

Isaura se puso de pie. Reconoció a la comadre Graciela, que traía a la niña Auxiliadora en un burro, tendida como gualdrapa.

—¿Otra vez, comadre? —preguntó Isaura.

—Sí, comadre, pero esta vez yo la veo peor. Desde ayer no se para del catre y ya casi ni puede hablar —respondió.

—Ya la vamos a curar, en el nombre de Dios y las tres divinas personas —dijo, toda vez que se persignaba.

Auxiliadora estaba anémica, desleída en sangre. Desde que la luna comenzó a regir sus ciclos, cada 27 días se desaguaba hasta palidecer. Entonces su mamá debía cruzar la serranía desde Tupí hasta El Ralo, para conseguirle alivio en los brebajes que preparaba Isaura.

Las mujeres descolgaron a la niña del burro y la transportaron a la casa cargándola de los pies y las manos. Después de que la acostaron en un catre donde se atendía a los enfermos, Isaura pidió a sus hijos que buscaran unas flores de güaramaco. Era lo único que devolvía el color a las mejillas de Auxiliadora.

Diego, Bautista y María Victoria, de 11, 12 y 13 años, se calzaron las alpargatas y salieron por el norte a buscar la flor de color rojo incandescente, que solo crece en las orillas de las quebradas. María se terció a Germán, de apenas 10 meses de nacido, para que Isaura pudiera ayudar a la enferma, sin distracciones.

Siguiendo un sendero que sabían de memoria, llegaron a la quebrada Aguada Grande. Ese Jueves Santo ambos márgenes del ojo de agua parecían cubiertos por una alfombra, debido a los brotes color grana desprendidos por la planta.

Se sentaron a mirar las flores hasta encontrar, como les enseñó su mamá, las más grandes y brillantes. Esas, estaban muy cerca de la orilla del pozo que se formaba más abajo de la cascada. Bautista dijo a sus hermanos que él podía meterse al agua y agarrarlas desde adentro, pero Diego se quejó, nunca lo dejaban arrancar las flores. Era su turno, solo que no sabía nadar.

Así pues, los tres niños decidieron hacer una cadena desde la orilla para llegar a las flores sin meterse al agua. María sentó a Germán sobre el listón de tela con el que se lo terció y se agarró de la raíz de un árbol, tomó la mano de Bautista y éste, la de Diego. Dieron un paso, luego otro más, en procura de las flores.

—¡Estiráte...!

Fue lo último que escuchó María antes de que Diego cayera al agua y un remolino lo desapareciera de la superficie.

Bautista no dijo nada. Soltó a María y se lanzó al pozo. O lo salvaba, o ambos se morían.

María Victoria quedó paralizada mirando al pozo revuelto, apretándose de los dientes, sosteniendo la respiración, esperando ver salir a sus hermanos... solo el aire se descomprimía donde mismo se hundían los niños.

Entonces cargó al bebé de diez meses y corrió unos metros en dirección a la casa de la hacienda. Pronto se topó con un jornalero que llevaba la misma ruta.

—¡Hágame un favor! Llévele este niño a mi mamá Isaura, la partera, y dígale que yo me fui a buscar a mis hermanitos —entregó el niño y volvió corriendo a la quebrada.

Pocos minutos después, Isaura llegaba sin aliento a Aguada Grande, con Germán en los brazos y el corazón atravesado en las amígdalas. Solo las alpargatas de María Victoria estaban en la orilla, acomodadas una al lado de la otra, igual que como las ponía debajo de la cama antes de dormir.

Los hombres que sacaron los cuerpos del pozo contemplaban silenciosamente la entereza de Isaura. La madre sentó nuevamente al bebé en la tierra, donde mismo lo ubicase María Victoria cuando vio morir a sus hermanos. Caminó hasta la orilla y recibió los cuerpos de sus hijos. Uno a uno los acostó debajo del Yagrumo, los secó con la falda del vestido negro que se puso esa mañana y les besó la frente y las mejillas.

A María Victoria, chorreante del agua de la quebrada roja, se la subió a las piernas y le cantó una canción mientras le tejía unas clinejas en el cabello, que remató con la cinta celeste de su escapulario.

—¡Ay, mi niña, vos nunca dejás solos a tus hermanitos! — fue lo único que le oyeron decir.

Esa tarde enterró a sus hijos debajo del cují que sembró frente a la casa. Desde entonces y hasta el último día que vivió, Isaura odió los jueves santos, aunque con ello ofendiera a Dios. No quiso seguir viviendo en El Ralo y durante años desandó los pueblos de la sierra falconiana, huyéndole a los dolores que la perseguían sin tregua.

Cuando su esposo compró casa nueva en El Reloj, hizo desenterrar los cuerpos de sus hijos y los llevó con ella. Lo mismo cuando otro dolor la empujó hasta Tupí.

La última vez que desenterró a los tres niños, los llevó con ella al Paraíso de Chabasquén, en el estado Portuguesa. Antes de que un carro fúnebre los trasladara, pidió que le abrieran las urnas. Treinta años habían desechar los cuerpos. Al ver los despojos, Isaura notó que únicamente permanecían intactas las clinejas y la cinta celeste que había tejido en el cabello de María Victoria, mientras le cantó por última vez en la orilla roja de Aguada Grande.

Capítulo 2

La mortaja de papá Lionzo

Lionzo Navarro tenía secretos, eso decían en la Sierra de Falcón.

Los secretos estaban contenidos en un conjunto de oraciones, escritas a mano dentro de una libreta forrada con piel de chivo, y que él protegió hasta la tumba, sin abrísela jamás a otro mortal.

Mucho se especuló con la datación de ese misterioso libro. Sólo algunas personas, muy pocas, alcanzaron a ver la tapa de cuero marrón con rastros de pelos blancos del animal. Un marrón devenido en tonos verdosos a causa de una añosa humedad, y que perfumaba varios metros alrededor de donde lo abría, para murmurar sus encantamientos.

Esos rezos le concedían a Lionzo poderes sobrenaturales. Con ellos causaba admiración y temor entre la gente de aquellas montañas del centro occidente venezolano.

El más célebre de sus *secretos* fue siempre empleado en beneficio de amigos cercanos. Cuando alguno de ellos pretendía a una mujer, solicitaba la ayuda sobrehumana del rezandero.

Pero este truco ameritaba cierta preparación. Lo primero era conseguir que la indicada estuviese fuera de su casa. Así, acudían a todos los bailes organizados en los patios de familiares y vecinos. Si la chica estaba en uno de esos festejos, Lionzo se paraba de espaldas a ella, al menos a siete pasos de distancia y frente al pretendiente. Luego, estrechaba la mano derecha del amigo mientras murmuraba

una de sus oraciones impublicables. El enamorado debía mirar por encima del hombro izquierdo del rezandero. De esa forma, según dicen, lograba ver desnuda a la mujer que pretendía. Ese era, quizá, el empujón que faltaba para que el enamorado tomase la decisión de cortejarla.

Se llamaba Lionzo, por María Lionza, deidad que los venezolanos veneran sin templos ni formalidades, desde antes de la invasión española a tierras de Suramérica.

Relatos transmitidos oralmente aseguran que los evangelizadores, llegados del viejo mundo, intentaron desdibujar esa creencia del imaginario popular otorgándole un nombre castizo. La llamaron: *Virgen de la Victoria del Prado de Talavera*. Pero, la persistencia de la fe sin intermediarios la convirtió simplemente en María de la Onza, o popularmente: María Lionza.

A María Lionza se le atribuyen poderes sobrehumanos; lo mismo decían de Lionzo, aquellos que habían presenciado la potencia de sus secretos mágicos.

Él nunca confesó públicamente su relación con la diosa de las montañas de Sorte, pero solía decir a sus hijos varones que, cuando tenía apenas siete años, la diosa lo visitó durante un sueño, que le dijo al oído algo que no estaba autorizado a revelar, pero que era la base de sus dones extraterrenales.

Lionzo no solo se ocupaba de desarrollar sus secretos, también era diestro en el arte de sembrar dependiendo de la temporada, criar y curar animales, ordeñar eficientemente y conocía en cuál luna cortar los palos con los que se fabricaban las casas de las serranías falconianas. Gracias a

esas habilidades, no le faltó trabajo desde que tuvo doce años.

Nació con los cielos encapotados, el 10 de enero de 1860. El mismo día que un disparo en la cabeza acabó con la vida de Ezequiel Zamora, el General del pueblo soberano.

Muchas veces oyó hablar de ese hombre como si fuese cercano a la familia. Su madre le contaría una y otra vez que Vicente, su papá, se unió a las tropas de Zamora al poco tiempo de que éste llegara a la ciudad de Coro, tras haber sido designado Comandante de armas de la provincia (1851) por el presidente José Gregorio Monagas; y que luego pasó varios meses escondido de Churuguara pa' arriba, cuando la Revolución de Marzo expulsó del país a los dirigentes liberales.

Cumplido un año en el exilio, Zamora regresó al país. Todos los que le habían servido se reincorporaron a filas, y el papá de Lionzo se perderá para siempre entre la polvareda que levantó la Guerra Larga. Nunca supieron con exactitud bajo qué cielo respiró por última vez. Algún conocido les dijo que lo vio en el suelo tendido de cara al sol, en el fragor de un combate. No pudieron regresar por él, por ninguno de los caídos.

Esa imagen del padre muerto como un animal sobre el pasto, le causó pesadillas a Lionzo desde la infancia y hasta la juventud. Solo pudo librarse de ellas el día que cumplió veintiún años y vendió dos novillas para comprarse una mortaja.

Los nietos de Lionzo recordarán, muchos años después, que esa mortaja se componía de una urna de madera pulida, traje negro de lino 100 con camisa y moño olorosos a naftalina, zapatos también negros y brillantes, un puñado

de velas blancas, y un cordón dorado con siete nudos que, según la costumbre, se amarraba al difunto desde la cintura y hasta el dedo pulgar del pie derecho. Cada nudo simbolizaba los siete escalones que debía subir o las siete puertas que debían abrirse para otorgarle al difunto su paso al cielo.

En una oportunidad y por razones de emergencia, un vecino le pidió prestada la urna para poder enterrar a un familiar. Lionzo estuvo renuente, pero la cedió, únicamente, cuando el interesado juró por su madre que al terminar el novenario del difunto haría traer desde Coro una idéntica para reponerla. Él era un hombre que creía en la palabra empeñada.

Con treinta y ocho años y una familia a cuestas, Lionzo debutó en las diatribas políticas de su época. Se cuadró del lado de José Manuel "El Mocho" Hernández, cuando éste reclamó haber sido víctima de un fraude y se alzó en armas luego de las elecciones de 1897, de las que salió victorioso Ignacio Andrade, candidato de Joaquín Crespo.

Por esos años, Churuguara y la Sierra de Baragua eran conocidas como *La llave de occidente*. Todo movimiento político-militar que llegaba a Coro alzado contra el Gobierno y que pretendía amarrar sus caballos en la plaza central de Caracas, debía pasar por esa zona.

La batalla entre los mochistas y las fuerzas gubernamentales, que salieron de Caracas dirigidas por Joaquín Crespo (los crespistas) duró poco. El Mocho Hernández, líder de los alzados, resultó preso y enviado a La Rotunda. Su tropa huyó en desbandada y fue perseguida durante varios meses.

Lionzo, irredento mochista, logró salvarse de la cárcel —o de la muerte— gracias a sus secretos. Si los enemigos lo acorralaban, se internaba en las montañas y rezaba una de sus poderosas oraciones. Dicen que se volvía invisible, y que si un adversario pasaba frente a él o un perro lo olfateaba, no llegaban a detectarlo. En el pueblo se comentaba que Lionzo se cubría con la sangre de Cristo, por medio de un conjuro.

Tras la derrota militar y cansado de escapar de la muerte, se dedicó de nuevo a sus oficios naturales. Sembró, construyó, enseñó la importancia del trabajo manual a los hijos y les transmitió su miedo reverencial por las serpientes, ya que “contra esos animales del diablo, no hay secreto que valga”, decía.

Eso sí, no abandonó jamás el empleo de aquel secreto que tanto ayudó a los hombres de la sierra en la elección de su pareja.

Lionzo se hizo abuelo y con las canas también blanqueó su fama de manipulador de lo sobrenatural.

En 1939, cercano a cumplir ochenta años, seguía deslumbrando a nietos y bisnietos con las historias de batalla y sus secretos de embrujo. Una tarde de mayo, de esas en las que el cielo falconiano tiene trazas naranjas, azules y violetas, Lionzo —que estaba en una mecedora— se puso de pie y caminó hacia la piedra en la que solía colocar velas a las ánimas benditas del purgatorio. Una roca mediana que él había hecho rodar hasta dejarla a unos siete pasos de la entrada de su casa.

Dicen que luego de prender un velón rojo habló con alguien que nadie más veía.

Al terminar esa charla, entró en su casa. Se dirigió al cuarto del escaparate y le dijo a uno de sus nietos mayores:

—Bájeme la mortaja, que mañana me la estreno.

Y así fue cómo pasó.

Capítulo 3

Las agujas de El Reloj

Cuando desalojaron la casa grande y estaban por recorrer el camino que lleva de El Ralo hasta El Reloj, Isaura roció kerosene al tronco del árbol que cobijó a los hijos ahogados. Lo dejó ardiendo para que se quemaran con él las horas tristes.

Era enero y 1928. Ella, arrastraba a su familia... quería otros horizontes.

Llegaron a trabajar. Ampliaron el solar para que la nueva residencia se pareciera a *La casa grande* de El Ralo. Sembraron otro conuco, construyeron los corrales para las vacas y los chivos, así como los potreros para los caballos, las mulas y los burros de carga. Solo la yegua negra que Crisanto Camilo crió para Isaura dormía cerca en la puerta de entrada, sin soga ni reja.

En ese caserío falconiano se instalaron con los hijos Juan Guillermo, Crisanto Segundo, Germán Agustín. Después llegarían Diego Bautista (portador de los nombres de sus hermanitos ahogados), María Cristina (con el primer nombre la hermana que no conoció), Emilia Rosa, Emilio José, Rafael José y Carmen Elodia.

Junto con la familia, Crisanto el viejo (llamado así para diferenciarlo del hijo) vio crecer en El Reloj al rebaño de chivos y a su negocio. Los animales se reprodujeron de tal manera que debió pagar los oficios de un bachiller para que los contara y los clasificara por género. Semanalmente sacrificaba dos docenas. La carne se preparaba tipo cecina

para venderla en Churuguara, mientras que el cuero curtido y sin curtir, era tranzado con un trinitario que se los llevaba en barco para ofrecerlos en las islas del Caribe.

El chivo se volvió sinónimo de la fortuna del viejo y por eso lo llamaban también *el chivo que más mea*.

El trinitario que le compraba los cueros era conocido como *mesié Triston*. Un negro altísimo, con cuerpo de boxeador de peso completo, ojos saltones y una dentadura de oro que encandilaba cuando le rebotaba en la sonrisa el sol de la una de la tarde. Llegaba al golfete de Coro dos veces al mes, a bordo de un barco de velas rojas, que tenía 18 metros de eslora. Era una embarcación de impecable color blanco bautizada como Dante.

Fue Joseph Tristón quien le dio a Crisanto el primer aparato de radio que tuvo en su vida, como parte del pago por un lote de cueros de chivo.

—Este aparato —le dijo— ha recorrido todas las islas del Caribe Mar. Usted no creerá las cosas que dicen aquí y las músicas que canta.

La radio, que desde el primer día permaneció en la cocina de Isaura, llenó de voces, melodías y maravillas apabullantes la casa nueva de El Reloj.

Así supieron, por ejemplo, del alboroto que causó en Maracay el aterrizaje de *El Espíritu de San Luis*, un artefacto alado que descendió del cielo piloteado por Charles Lindbergh y que tocó suelo venezolano el 29 de enero de 1929. También, de la sexta invasión que, desde territorio colombiano y al grito de “*¡Viva la Libertad! ¡Muera el tirano!*”, lideraba el general y jefe guerrillero Emilio Arévalo Cedeño, contra el dictador Juan Vicente Gómez.

Es que aquel 1929 iba ser un año de sobresaltos políticos que saldrían de la radio en forma de escandalosos titulares: ¡Urgente! ¡Última hora!

El dictador tuvo que enfrentar, en los estados Sucre, Portuguesa y Miranda, alzamientos armados en su contra. Falcon, tierra de eternas rebeldías, tampoco fue indiferente al paso de los movimientos que luchaban en contra de la tiranía. Uno de los más recordados alzamientos contra Gómez ocurrió al final de ese año 29. Rafael Simón Urbina y el líder comunista Gustavo Machado encabezaron a un grupo rebelde de más de 200 insurgentes, entre los que se contaba el escritor Miguel Otero Silva.

Ellos tomaron un vapor americano de nombre "Maracai- bo", y desembarcaron en la Vela de Coro. Pero fueron enfrentados por las tropas gomecistas, que lograron rápidamente desarticularlos y dispersarlos.

La breve incursión política de papá Lionzo en la derrotada rebelión del Mocho Hernández contra los crespistas, y la forma en que la contó a su hijo Crisanto el viejo, hizo que éste rechazara desde muy joven las diatribas políticas. Así que se enteró del parte oficial que daba cuenta de la derrota a los 200 insurgentes, pero a través de la radio. Escuchando con estupor junto a Isaura y los hijos.

De más allá de sus paredes llegaba el rumor de una estampida que pasó por la sierra falconiana, cuando Urbina y sus hombres se internaron en ella para buscar refugio una vez fueron derrotados militarmente el 13 de diciembre de 1929.

Al amanecer de 1930, el comercio de caprinos vivía sus años de esplendor en el centro occidente de Venezuela.

El chivo prosperó, aferrado a la condición xerófila de la tierra. Se trata de un animal sumamente resistente: se reproduce con facilidad, se alimenta con poco y soporta las más terribles variaciones climáticas. Mientras, la producción de ganado vacuno seguía siendo marginal de este lado del país.

Todavía hoy, en Falcón, se dice que el chivo es *la vaca de los pobres*.

Por esos años, Churuguara acopiaba toda la producción de bienes y servicios de la sierra falconiana que luego se distribuían a Coro, pero también a Bonaire, Curazao y Aruba.

De pueblos cercanos como El Ralo, El Rastrojo, Pedregal o Purureche circulaba el comercio que se estacionaba en Churuguara. Allí se vendía cecina de chivo, cocuiza para fabricar sacos, alforjas, mecanes, cabuyas, cestas, hamacas, chinelas (para damas), alpargatas y cinchas. Se trasegaba el ancestral cocuy pecayero, y se tranzaban las producciones de maíz, caraota o papelón.

Falcón vivía de frente al Caribe y casi de espaldas a Venezuela. Ese intercambio internacional dio fama a Churuguara, lo que hizo posible la migración de personas de esas islas, hasta tierra firme. En particular de judíos sefardíes.

Del chivo, se aprovechaba todo: la carne, el cuero y hasta las cagarrutas. El comercio interno se nutrió del menudeo de carne vendida en forma de cecina, ya que no existían las llamadas cadenas de frío. El excremento era ofrecido como abono en el pie de monte andino, pero el artículo de mayor valor de intercambio era sin duda alguna el cuero.

Podría decirse que, ese pequeño animal, puso a Churuguara en contacto con el mundo.

Poco se sabe oficialmente sobre los volúmenes de cuero de chivo exportados al Caribe durante el siglo pasado. Se estima que un 90% de esos cueros era vendido en forma de contrabando, aunque se realizaba a través de casas comerciales (Bloom Senior, Coates, De Lima) legalmente instaladas y que actuaban como especie de bancos.

Los cueros, empleados en talabartería, fabricación de calzados o muebles, así como las mulas, utilizadas como fuerza de tracción en los ingenios azucareros, se contrabandeaban tomando la ruta navegable de los ríos Limón-Tocuyo o por el golfete de Coro. De allí, iban a las Antillas.

Crisanto, el viejo, hizo su fortuna en este escenario comercial donde el chivo era el protagonista. Un negocio que va a decaer algunos años después, cuando Barquisimeto, capital del estado Lara, se convierta en el corredor de los mercados del centro occidente venezolano.

Barquisimeto hizo lo que Coro no logró nunca. Integró su mercado hacia la ciudad capital. Construyó una carretera hasta Carora, y eso causó que toda la producción de la zona sur de Falcón se fuera a ese lugar. También atrajo a los productores agrícolas del pie de monte andino. Con su ferrocarril, Barquisimeto se convirtió en una vía más expedita a Puerto Cabello y al comercio exterior.

Mientras, la ciudad de Coro seguía mirando al mar Caribe. Poco parecía importar su desarrollo puertas adentro. Por ejemplo, la carretera Falcón-Zulia fue decretada por el general Juan Crisóstomo Falcón entre 1864 y 1865, pero la primera carretera asfaltada se terminó apenas en 1960, casi un siglo después. Una indiferencia que va a causar la migración de los capitales y de la mano de obra.

Los chivos permitieron a la familia Navarro Sánchez tener una buena vida en la casa nueva de El Reloj.

Al principio les costó trabajo, pero en poco tiempo el hogar ya se parecía mucho a la querida Casa Grande, y los hijos crecían trabajando con el padre.

Sintieron haber finalizado la peregrinación que emprendieron para alejarse de la tristeza.

Cuando partieron de El Ralo, habían cargado todo lo que para ellos tenía valor: los muebles, las camas, las herramientas de sembrar, el cristo tallado, las imágenes para los siete altares, todos los animales que poseían... y las urnas con los cuerpos de los tres hijos, que habían enterrado debajo del cují aquel jueves santo.

Capítulo 4

Una vuelta de dados

—Dele, ise la apuesto! —dijo Juan Guillermo, antes de escupir chimó en el piso de tierra y apoyarse de la mesa para sostener la borrachera.

Crisanto el viejo inició en las tareas de la hacienda a los hijos mayores: Juan Guillermo, Crisanto Camilo, Germán Agustín y Diego Bautista.

Para ellos su escuela fue la hacienda y los peones sus maestros. Allí, no aprendieron con libros, pero sí a leer las lunas, la velocidad de los vientos, el significado de la dirección del vuelo de un pájaro. El olor de la tierra y los cambios de color del cielo.

Cuando tuvieron edad suficiente, cada uno recibió un chivo recién nacido. Lo debían alimentar y cuidar desde la salida del sol y hasta el ocaso. Cuando ambos estuvieran listos, niño y animal, debían pasar por un ritual de vida y muerte que formaba parte de una antigua tradición familiar.

Los cambios en la voz y el nacimiento del bigote simplón de la adolescencia le indicaban a Crisanto que era la hora compartir con sus hijos el rito por el que Lionzo lo hizo pasar, y a él, unos indígenas Wayúu que trabajaron para su madre. Una ceremonia por la que van a pasar todos los varones de la familia Navarro a lo largo de siete generaciones.

Ese día, el viejo se fue con una silla hasta la sombra de un cují. Llamó a Juan Guillermo, el hijo mayor, y le pidió que

se parara frente a él y se quitara la camisa. El niño no pre-guntó, solo volteó a ver sus hermanitos Crisanto y Germán que espiaban a la distancia.

Metió la mano en uno de los bolsillos del pantalón y sacó una locha que la mostró al chico en la palma de su mano. Purificó la moneda con un buche de cocuy que sostenía en la boca y la puso de canto sobre la tetilla derecha del niño, equilibrándola con los dedos pulgar e índice.

—Póngase duro mijo —le dijo el padre—, que va a volverse hombre de un solo coñazo.

Crisanto el viejo alzó la otra mano hasta el cielo y la dejó caer con todo su peso sobre la moneda. En el pecho de Juan Guillermo, detrás del pezón de su tetilla, se escuchó un rápido y violento *crack*. Al niño le temblaron las piernas, pero miró a su padre y se contuvo. Le demostró que podía sostenerse en pie como lo hacen los hombres.

El viejo tomó la botella que estaba detrás de una de las patas de la silla y le dio al niño un trago de cocuy que salió disparado de la boca del pequeño.

—Perdóneme, papá —se justificó—, se me fue por el cami-no viejo.

—Bueno, no importa. Agarre aire que ahora viene la otra —anticipó el viejo, alistándose para repetir la operación (incluida la limpieza de la moneda) en la tetilla izquierda.

El segundo *crack*, aunque ya lo esperaba, dolió más que el primero. Juan Guillermo dio un paso atrás pero se enderezó, y sin pedir permiso agarró la botella de cocuy antes de que su padre se la alcanzara. Bebió un trago hondo que riendo disimular las lágrimas que se le escapaban. Seguía en pie y sin camisa delante de su padre. Entonces el viejo

le dio dos palmadas cómplices en el hombro derecho y le indicó:

—Póngase la camisa mijo, y vaya a buscar su chivo.

Juan Guillermo fue caminando despacio para controlar el temblor en las piernas y haciendo esfuerzos para no sobarse el pecho. Pasó a un lado de sus hermanitos y les sonrió con agüaje de hombre recién estrenado, pero no les dijo nada.

—Acá está, papá —y estiró la mano donde traía la punta del mecate con el que amarró al animal.

El viejo, que seguía sentado en la silla, se sacó de la espalda un puñal con empuñadura de hueso pulido y un garrote de vera:

—Ahora sacrifique al chivo —le ordenó.

Al hombre que estaba en la otra punta de la mesa casi se le desorbitan los ojos. Puso sobre el rectángulo de madera un puñado de morocotas de oro y un revolver. Luego le pidió a Eustoquio, dueño del bar, que sirviera de testigo.

Juan Guillermo apenas podía estar equilibrado en la silla y decía algunas palabras intercaladas con largos silencios. Lloraba y bebía.

—¡Coño e' su madre, papá! —gritaba una y otra vez.

El dueño del bar intervino tímidamente recordando que Navarrito, hijo del viejo, no estaba en condiciones, pero el hombre de las morocotas acarició el revolver mientras le decía tajantemente:

—¡Mire, Eustoquio, esto es una vaina de hombres! Y éste, ya me dio su palabra. Así que no se meta.

El niño Juan Guillermo tomó el puñal y el garrote, y los puso al pie del árbol que los cobijaba. Sabía con exactitud qué debía hacer. Pero su padre comenzó a darle a instrucciones como a los peones de la hacienda.

—Lo primero, y que no se olvide— dijo Crisanto el viejo — agarre el garrote. Al chivo se le mete un palo cerrero ahí, en el remolino de pelos que tiene en el medio de la cabeza ¡Eso sí! En todo el remolino. Y si el animal tiene cachos, el palazo hay que pegárselo detrás. Trate de no pegarle en los cachos, mijo. Para sacrificarlos, no hay que hacerlos sufrir. Dele en palazo bien asentando en la cabeza. Si le mete un coñazo seco, el chivo cae enrollado al piso. Espere un ratico, y en lo que deje de temblar, pele por ese puñal ¡Agárrelo así, duro! ¡Fíjese!

El viejo sostenía el puñal con determinación mientras el niño seguía las instrucciones en silencio bajo la mirada de los peones de la hacienda, queriendo no decepcionar al padre.

—Lo pone aquí, vea, dos dedos detrás de la quijada. Ahora, ¡afínquelo con las dos manos! ¡Duro! El puñal tiene que traspasar el cogote del chivo de lado a lado, cortando entre la garganta, la tráquea y el espinazo. Si lo hace bien, perfora la vena y la bestia se desangra toda ¡No se vaya, que no hemos terminado! ¡Páremo bola! En este mismo hueco donde clavó el puñal, tiene que pelar el cuerito que cubre la tripa por donde pasa la comida hasta el estómago ¿La ve? Bueno, agárrela sin asco ino sea pendejo! ¿No ve que ese bicho ya está muerto? ¡Ajá!, ahora hágale un nudo a la tripa con este pedacito de cabuya. Vamos a pelar las patas. Hay que hacer una raja desde las patas hasta el pecho del chivo. Después siga descuerando para que la piel quede pegada solamente del espinazo del animal ¿Terminó? Aho-

ra amárrelo de las patas de atrás y guíndelo pa' terminar de arrancarle el cuero. Por último, se abre en dos el pecho del chivo y le saca las tripas.

El hijo terminó sin traspies aquella faena en la que debía volverse hombre. Con las manos temblorosas y ensangrentadas miraba fijamente los ojos apagados del animal. Unos ojos oscuros, hondos como un abismo por el que se dejó caer por unos segundos. Sintió que, con la vida del chivo, se le iba además el dolor de las tetillas. El animal, del que seguía brotando un chorro de sangre caliente, era el mismo que su padre le entregó un par de años atrás, cuando apenas tenía unas horas de nacido. Juan Guillermo lo cuidó como a una mascota. Le dio leche con la mamila de un tetero viejo, le cortaba el pasto más tierno que encontraba, lo correteaba por los corrales y, aunque son animales realengos, lo bañaba una vez por semana. Sumergido en la oscuridad de los ojos del chivo, recordó que esa misma mañana lo alimentó como cuando se lo entregó su papá. Entonces emergió del abismo y se miró las manos; eran las mismas que primero alimentaron al animal y luego le sirvieron para encajarle el puñal en el cogote.

El hombre de las morocotas tomó el vaso que tenía los dados, pero antes de lanzar preguntó a Juan Guillermo:

—¿Va la apuesta?

Juan Guillermo se puso de pie como pudo y rompió la botella contra la mesa. La pregunta le supo a afrenta. El juego de dados es un asunto de honor y la palabra empeñada vale más que un documento firmado. Eso es así desde los primeros registros de la época de las Cruzadas Cristianas, por el siglo XII.

—¿Usted es sordo o qué vaina ej? —repuso Juan Guillermo— Si le dije que la apuesto, se la apuesto.

—Está bien. No se moleste. Pero tire usted primero —demandó el hombre de las morocotas.

En El Reloj, a Crisanto Camilo Navarro Sánchez lo conocían por ser un buen hombre, pero uno de esos que no le aguantaba vergas a nadie.

Hijo mayor de Lionzo, Crisanto heredó una pequeña fortuna, pero la aumentó con esfuerzo propio y con su buena estrella para los negocios.

Él y su familia vivían sin necesidades materiales. Se cuenta que cuando su esposa Isaura salía a hacer compras en Churuguara, se montaba en la yegua negra y un peón caminaba llevando de las riendas a la bestia.

Mientras le empacaban las compras, Doña Isaura se sentaba en una mecedora y las personas que pasaban delante de ella se hincaban y se cruzaban los brazos en el pecho para pedirle la bendición como signo de respeto.

Mediaba la década de 1940, y Crisanto el viejo compró unas vacas para diversificar su negocio de venta de carne y cueros. Eso causó que otros hacendados vecinos también adquirieran vacas, viendo en ellas un comercio virgen.

La mañana del sábado 6 de enero de 1945, el viejo pasó revista a los corrales y se dio cuenta que le faltaban siete vacas. Uno de los peones dijo que cuando trajo el rebaño de vuelta a la hacienda no las contó. Entonces salió a buscarlas, primero a pie, luego a lomo de burro, pero no encontró ninguna.

Al día siguiente, el viejo regó la voz de que ofrecía una recompensa a quien le diera información del paradero de las siete bestias. El lunes por la noche, un vecino llegó a la casa grande. Le aseguró que las vacas fueron arriadas al corral de Clemente Vargas, otro hacendado.

Crisanto agradeció el dato. Le pagó al hombre la recompensa ofrecida y se prometió recuperarlas al amanecer.

Juan Guillermo tomó el vaso con los dados, sopló dentro como es la costumbre para insuflar buena suerte a su jugada, y los lanzó sobre la mesa.

—¡Doble cinco! —apuntó Eustoquio.

El hombre de las morocotas volvió a abrir sus ojos en señal de asombro. No podía creer que ese hombre casi inconsciente hubiese lanzado esa cifra. En tanto, Juan Guillermo apenas si se movía a causa de la borrachera.

—Es su turno —indicó Eustoquio al contendiente.

El viejo bebió café y tomó un machete que colgaba detrás de la puerta de la cocina. Isaura le dio un beso tembloroso, pero no dijo ni una sola palabra.

—¡Estése quieta, Isaura, yo vuelvo en un rato! —intentó tranquilizarla.

Uno de los peones le tenía preparado un caballo, pero el viejo decidió irse caminando. Recorrió la distancia entre su hacienda y la de Vargas dándole machetazos a todas las ramas que se le cruzaban en el camino. Al acercarse a los predios de donde se suponía se hallaban sus animales,

podían vérsele brotadas las venas del brazo donde tenía el machete. Dicen que llovía torrencialmente y que los peones de Vargas, armados con escopetas, no se atrevieron ni a mirarlo.

El viejo caminó directo a donde estaban las vacas. Abrió las puertas del corral a patadas y empezó a empujar a las bestias con una fuerza descomunal, batiéndose entre el barro que formaba la lluvia. Cuando juntó en un rincón a las siete vacas de su propiedad, amarró un mecate en forma de cadena y las arrastró hacia la salida.

Los peones de Clemente Vargas solo lo siguieron con la vista. Ese martes 9 de abril de 1945, Crisanto el viejo volvía triunfante y entero a su hacienda, arreando las vacas de su propiedad.

El hombre de las morocotas también se empinó la botella, sabiendo que era muy difícil conservar su puñado de monedas de oro. Revolvió el vaso de los dados con brutalidad y los arrojó sobre la mesa en dirección a Juan Guillermo.

Los dados volaron por el aire y a Eustoquio se le detuvo el tiempo mientras miraba.

El viejo le comentó a Isaura que tenía malestar. La lluvia y el ventarrón, que soportó para rescatar a sus vacas, habían hecho mella en el cuerpo del hombre.

Isaura buscó sus ramas, pero el viejo no quiso los brebajes que tanta gente procuraba en la sierra de Coro. Para la noche de ese mismo día, el viejo ardía en fiebre, sentía estremecimientos y escalofríos.

Dos días después, la fiebre no cedía y apareció una tos intensa acompañada de una caprichosa flema ensangrentada. El viejo, que solo contaba con 55 años, se rehusaba a probar los brebajes naturales de su esposa. Los hijos atendían las tareas de la hacienda junto con los peones y sólo Juan Guillermo permaneció al pie de la cama, sentado en un taburete de cuero y madera.

Para el fin de semana, Crisanto el viejo había dejado de comer y deliraba. Hablaba con papá Lionzo y gritaba que las culebras del cerro de la muerte le comían los chivos.

Isaura mandó a buscar en Coro a un médico para que viniera hasta El Reloj.

Esperó...

Cuando por fin un doctor entró en la casa, Isaura le ponía a Crisanto el cordón de los siete nudos en la cintura.

Los dados aterrizaron en la mesa, y esta vez Juan Guillermo emergió del abismo alcohólico con una sobriedad inexplicable para exclamar:

—¡Maldita sea!

El hombre de las morocotas tampoco parecía creerlo, y Eustoquio, con el rostro empalidecido, tuvo que sentenciar:

—¡Doble seis! ¡Usted se ganó la hacienda de los Navarro!

Capítulo 5

Peregrinación

Germán Agustín caminó casi la totalidad de los más de trescientos kilómetros que separan a El Reloj (estado Falcón) con Sicare (oeste del estado Lara), atormentado por las calenturas de un paludismo sin diagnosticar.

Siete días antes, le presentaron a un señor de nombre Rafael Figueroa, que se encontraba en Churuguara contratando peones para trabajar en una hacienda ubicada en Tinajitas, un caserío colindante con Sicare. Con apenas 20 años, en enero de 1946, aquella oferta de empleo le pareció un milagro. Aceptó el trabajo a cambio de salario, comida y el techo que ya no tenía.

Una semana después del encuentro con Figueroa, un grupo de hombres, entre los que se contaba Germán, salió de Churuguara tomando la ruta de la Llave de Occidente y cruzaron las faldas de la Sierra de Baragua. Parecía una caravana de peregrinos. Todos llevaban encima una hamaca que de noche les servía para descansar y durante el día envolvía todo cuando pudieron cargar para buscarse una vida distinta, lejos de la serranía.

Germán era el único de esos hombres que poseía una fortuna personal, pero no le contaba a nadie sobre ello. Iba a emplearla únicamente en caso de una verdadera urgencia. Era el salvavidas que lo haría llegar a un puerto más favorable.

Los hombres avanzaban con el sol y dormían donde les sorprendía la luna o les permitieran colgar las cabuyeras.

A quien más recuerdo de ese viaje es a Iterbio (risas). No hay día que pase sin reírme de sus vainas. Era un... un tipazo, un inventor de palabras, era del carajo. Salimos juntos de Coro para trabajar en Lara.

Cuando nos conocimos éramos muchachos todavía. Él iba en el grupo de corianos que salimos con Figueroa, pero no nos conocíamos... aún.

Uno de esos días, yo trastabillé con unas piedras bajando por el costado de un cerro quién sabe dónde, porai, de camino a Tinajitas. Él me ofreció su hombro.

Yo llevaba una fiebre de cinco días, pero no había dicho nada. Uno no debe llorarle calamidades a nadie, decía mi papá. Que yo recuerde no pedí ayuda. Este compañero me vio y sin decirme una sola palabra me hizo un gesto para que me apoyara. Así caminé todo el día y parte de la tarde, afincado en el hombro de Iterbio.

Solamente se apartó cuando nos dieron posada y colgamos las hamacas. De ahí pa'lante no se me desamparó, pendiente de mi salud. Es uno de esos hombres que vale oro, lo pensé en ese momento y muchos años después seguía opinando lo mismo.

Una de esas tardes de caminata cuando ya sentía que recuperaba fuerzas, le pregunté qué significaba su nombre, que si sabía por qué se lo pusieron.

Entonces Iterbio me contó que su papá lo vio escrito en una revista que tenía un boticario de Coro, pero jamás le explicó el significado, solo que era un nombre único. Por eso, él se acostumbró a decir que "pedros hay de sobra, pero Iterbio Colina solo uno, el yo".

Era un hombre de estatura mediana, pálido como leche, de ojos amarillentos, descoloridos, y los pelos como un cerro prendío. Que yo recuerde, Iterbio jamás se dejó la barba o el bigote porque, según decía, no tenía nada que esconder. Sabía de carpintería, pero se vino con nosotros a trabajar en una hacienda para no quedarse a la sombra de su padre.

Cuando le preguntaban qué edad tenía, respondía sin demoras: "yo soy más viejo que mi mama". Y su profesión: "experto en hablar peperas".

Iterbio era una vaina seria, sobre todo cuando hablaba. Intercalaba los refranes con palabras que solamente él pronunciaba de esa manera ¡Eso sí! Nunca permitió que lo corrigieran... si algo sabía, era salirse con la suya.

Durante un almuerzo, nos sentamos en círculo pa' compartirnos la comida. Nadie decía nada porque todos estábamos muertos de hambre. En eso, Iterbio rompió el silencio:

—Como dijo un musiú amigo mío: ¡Gud provech! —exclamó.

—¿Y eso qué es? —preguntó uno de los que estaba allí.

—Eso es *buen provecho*, pero en inglés —aseguró Iterbio.

—Eso no se dice así —le reclamó el hombre.

¡No joda!, exclamó Iterbio mientras se ponía en pie de un solo brinco y señalando con el dedo índice, uno por uno a los hombres del grupo, les fue preguntando: ¿Cómo se dice? ¿cómo se dice? ¿cómo se dice? ¿cómo se dice? Todos seguían callados.

Así que remató con una sentencia que nos hizo cagar de risa:

—Si nadie sabe cómo se dice, entonces es como yo diga.

Todo el tiempo contaba que unos gringos, que traían mercancía al puerto de Coro, lo bautizaron happy chimoney; según él, eso traducía el chimonero feliz, aunque jamás lo vi mascando chimó.

Iterbio creía en cosas simples y las predicaba, en forma de breves proverbios. Decía: "Sopa no es comida y 'volvagen' no es carro". "El primer máiz es pa' los pericos", o la que más me gustaba: "Usted va a llegar a viejo, pero no a hombre".

Si amarraba dos mecates era para hacer un "ñudo". Llamaba "hombresexual" a un hombre que gustaba de otro. Decía que juntaría plata para visitar "Nueva Ola", la ciudad de sus amigos gringos. Ya de adulto, me escribió una carta en la que me contó que lo habían hecho tomar muchas pastillas de *cetonifen* antes de hacerle una *retonación magnética* porque creían que tenía una *quisquicemia*.

Yo siempre lo llamé compadre, mi compadre Iterbio, aunque no nos unía un sacramento.

Cuando ya dejó de ser peón de hacienda en Sicare, Iterbio retomó su oficio de carpintero, pero no se regresó a Coro. Se enamoró y se quedó a vivir en Carora. Nunca perdimos el contacto y durante muchos años nos escribimos cartas para contarnos qué hacía cada uno.

Una vez la agarró por enviarme cartas y telegramas que no contenían urgencias sino vainas de esas que él decía todo el tiempo. Yo pasaba días riéndome de esas ocurrencias.

Pero la última carta que recibí no era de Iterbio, sino de uno de sus hijos. Un poco antes de cumplir 60 años se enfermó y lo hospitalizaron. Creo que él supo que tenía algo grave porque pidió que me avisaran.

Esa carta aún la tengo guardada. Decía esto:

Señor Germán:

*Lo saludo con una mezcla de admiración y tristeza.
Admiración, porque mi papá siempre habló de usted como
el mejor de sus amigos, su compadre. Y tristeza porque debo
informarle que anoche falleció.*

*Él lo quiso mucho. Hablaba todo el tiempo del aquel viaje
que hicieron juntos cruzando la sierra de Falcón hasta Si-
care, y de cómo fueron amigos todos estos años a pesar de
las distancias.*

*Hace una semana, mi papá me hizo jurar que le avisaría-
mos lo más rápido que pudiéramos, si no lograba salir con
vida del hospital.*

*Tanto quiso que se cumpliera esa voluntad, que me hizo
escribir en un cuaderno lo que debía transmitirle a usted,
para que no se me olvidara ni una sola letra.*

Me dijo, mientras aún conservaba toda su entereza:

Dígale a mi compadre que me morí de pleonasio".

Creo que mandó a decirme eso para sacarme una última sonrisa. Nunca supe la causa real de su muerte. Tampoco la pregunté. Nuestra amistad nació del silencio cómplice y así debía quedarse.

Recuerdo que cuando terminé de leer la carta lloré un rato largo debajo de la mata de taparas del patio. María me vio llorando y se acercó con una taza de café. Me abrazó y un rato después me preguntó qué había pasado.

Yo me puse a recordarlo con María, evocando las mismas sonrisas que me producían sus refranes y palabras inventadas.

—Allá lo alcance más tarde, mi compadre —dije en voz alta.

La segunda noche del peregrinaje Germán durmió muy poco. Una catarata de males: fiebre, escalofríos, dolor de cabeza, náuseas y vómitos, lo mantuvieron fuera de la hamaca. Creyó haber delirado a causa de la calentura corporal, porque estuvo seguro de haber visto a su padre, al abuelo Lionzo y las siluetas oscuras de tres niños que supuso sus hermanitos ahogados en Aguda Grande. No alucinó ese día ni ningún otro. Con los años se va a dar cuenta de que soñará siempre con lo mismo. Un sueño que se irá poblando con los seres amados que parten antes que él.

"Sueño que estoy en *La casa grande*. La de El Ralo. Veo una mesa donde están sentadas todas las personas que más he amado en este mundo: papá, mamá, papá Lionzo, mis hermanos ahogados. Aunque los veo cerca y felices no puedo tocarlos porque ya se fueron todos", relataba.

Se sentía morir con todos esos síntomas; aun así, caminó cada día sin quejarse en voz alta, repitiéndose como un mantra aquello que le enseñó su padre: "No le llore calamidades a nadie, mijo".

Antes de partir a la gallera, Germán se vistió con pantalón caqui e impecable camisa blanca de mangas largas. A medio camino se topó con su hermano Emilio. Traía de la tienda una botella de Ginebra y canela en ramas.

—¡Es que a mi mamá le duelen las muelas! —dijo Emilio antes de que su hermano mayor le preguntara.

Germán se extrañó de la respuesta del hermanito pero siguió su camino. Únicamente pensaba en ganarse una buena suma de dinero con el gallo español que poseía desde que se lo compró a mesié *Tristón*.

Ese gallo *jerezano*, de cerca de dos kilos, con cabeza pequeña, cresta simple, pico corto y curvo, ojos grandes, cuello largo, pecho ancho y cola larga, ahorquillada, se había vuelto el compañero de Germán desde que debió sacrificar al chivo que había criado, cuando fue su turno de pararse frente a su padre para cumplir con el ritual familiar de hombría.

El día que Germán compró el gallo español se hallaba en Coro con Crisanto el viejo, haciendo una entrega de cueros para el trinitario.

Joseph Tristón le dijo que adquirió el jerezano en Bonaire y lo conservó porque creyó poder negociarlo más adelante.

Crisanto no se interesó en el ave, pero Germán le preguntó a Tristón si se lo daba a cambio de media morocota de oro que sacó del mapire. El trinitario le respondió cegándolo con su sonrisa de oro y ambos se estrecharon las manos. Luego, buscaron un cincel y de tres martillazos partieron la moneda en dos.

De vuelta a El Reloj, y ante la procura de su padre, Germán le confesó que atesoraba siete morocotas de oro.

Tres o cuatro meses atrás, él y sus hermanos desenterraron una lata que se encontraba al pie de un enorme cují en la casa de Rafael Salazar. Fueron allí por curiosidad. Varias veces lo siguieron sin que él se diera cuenta, y observaron que se ponía de rodillas, al pie del árbol, y que con una palita sacaba arena y la volvía a echar en su sitio.

Una noche llegaron al lugar y, tras remover la tierra, descubrieron la lata. Se la llevaron sin abrirla siquiera, no sin antes volver a poner la tierra justo como la encontraron.

Tres días después, Salazar se ahorcó en una rama de ese cují y todos los involucrados supusieron que se debió a las morocotas.

Las peleas de gallo de Churuguara seguían la misma tradición iniciada hace más de 2.500 años en el continente asiático, y que los invasores españoles introdujeron en América durante la conquista. Éstas ocurren en un coliseo de arena. Se trata de un universo donde se valora la palabra del hombre más que cualquier otra cosa. En las apuestas no hay firmas, ni contratos escritos, solo vale la palabra que se sella con un apretón de manos. El que pierde, paga; y el que gana, cobra sin demoras.

Para cuando abandonó la gallera aquella noche, Germán celebraba con una botella de whisky recién comprada la victoria de su gallo sobre uno inglés que trajeron de Curazao.

Mientras caminaba a casa, con un saquito de dinero y la botella, revivía en su cabeza como el jerezano prácticamente salió volado cuando le quitaron la tapadera. Él lo vio como en una visión de cámara lenta. El gallo aleteaba furioso por el aire con las plumas del cuello erizadas, también recordó la cara de asombro de los hombres que apostaban en contra y los ojos de temor del dueño del gallo adversario, que no pudo evitar llevarse las manos a la cabeza. El jerezano de Germán aterrizó de forma violenta y elegante sobre gallo enemigo, clavándole ambas espuelas en el cogote. Un movimiento que tardó siete segundos. Para cuando la imagen salió de la cámara lenta, el otro animal daba sus últimos espasmos, chispeando sangre sobre la tierra de la gallera.

A pocos metros de la casa seguía ensimismado en el triunfo centelleante de su gallo, cuando reconoció a su madrina

Acacia que se acercaba en dirección contraria. Ella apuró el paso hasta alcanzarlo y no lo dejó ni saludar:

—Germán, no se vaya a molestar...

—Pero, ¿por qué me dice eso? —interrumpió.

La madrina temblaba. Apretaba su mano izquierda contra la falda del vestido. Tragó grueso y le soltó a quemarropa:

—La comadre Isaura acaba de parir una niña. Ay, ahijado, yo se lo ruego, no vaya a hacer nada malo ¡Júremelo!

Germán apretó las muelas y al gallo que traía en un saquito debajo del brazo. Volvió la cara al camino por donde había llegado de la gallera y se empinó el litro de cocuy. Ninguno de los hijos se había percatado del embarazo de Isaura. De inmediato entendió que no podía ser hija de su padre apenas fallecido. Le dio un beso a Acacia:

—No se preocupe madrina —le dijo.

Entró a su cuarto sin voltear a ninguna otra parte y envolvió en una hamaca toda la ropa que pudo agarrar. Luego, puso las amarras a una de las mulas empleadas como fuerza de trabajo en la hacienda y estuvo listo para partir. Antes, se detuvo frente a la habitación donde Isaura amamantaba a la niña recién nacida. Le pidió la bendición a su mamá, pero no cruzó el umbral de la puerta, tampoco la miró a los ojos. Ella supo que no iba a verlo de nuevo, así que se enderezó lentamente y tratando de parecer serena le dijo:

—¡Dios, la virgen y encarnación divina me lo protejan, mi muchacho! Yo no voy a pedirle que me entienda —Lloró sin consuelo.

Germán cerró la puerta y se largó de El Reloj. Era el 20 de enero del 1946.



"Casa de El Reloj". Pintura de Moraima 'Mory' Zerpa (1982)
/ Propiedad de Rafael Navarro.
Guanare, Portuguesa.
Foto/reproducción: Thania Navarro.

Capítulo 6

De una vez y para siempre

Lencho Figueroa, el dueño de la hacienda, recibió en Tinajitas a la caravana de hombres que bajaron de la montaña provenientes de Churuguara. Les dio la bienvenida con una comida abundante, bebidas espirituosas y su característica alegría. Pero uno de ellos le llamó la atención de forma especial.

Y es que, a sus veinte años, Germán era un joven de 1,98 metros de altura, fibroso como atleta, con brazos fuertes, ojos verdes transparentados y manos de gladiador. Pero aquel muchacho no quiso comer y solo pidió una cama para tenderse.

Después que lo guiaron a la casa reservada a los obreros, Lencho Figueroa encomendó a Chona, la mujer que cocinaba en la hacienda, que atendiera de inmediato la enfermedad de Germán.

Ella le palpó el cuello con el dorso de la mano y lo sintió hervir. La madrugada siguiente la mujer ensilló dos caballos y cabalgó con Germán hasta Carora, donde finalmente un médico "lo reconoció". Como en la mayoría de los casos de paludismo, propuso tratamiento sintomático de las dolencias.

Cuando terminó la consulta, tal y como se lo pidió el patrón, Chona no volvió a la hacienda. Trasladó a Germán hasta su casa de El Empedrado, un pueblo larense que está muy cerca del límite territorial con el estado Trujillo, para que se recuperara totalmente.

Empleando sus conocimientos de partera experimentada, le preparó brebajes a base de plantas para recomponerle también el espíritu. Germán la miraba buscar las ramas, seleccionarlas y hacer las infusiones, lo que le recordaba a su mamá, quien también dominaba esas mismas artes.

Una semana más tarde Chona lo devolvió, como nuevo, a las jornadas de trabajo.

Germán sabía trabajar la tierra y cuidar de los animales de corral, aunque era la primera vez que lo hacía para un patrón y no en su propia tierra. Aquella cruel vuelta de dados en la que su hermano mayor Juan Guillermo perdió la hacienda de El Reloj, hizo que la familia Navarro pasara de príncipes a mendigos en una sola noche.

Rápidamente debió aprender a tragarse su orgullo de propietario y asumió la actitud del sobreviviente. El único tesoro que ahora tenía era el aparato de radio que su papá recibió de mesié Tristón como parte del pago por un lote de cueros de chivo y las seis morocotas y media que le quedaban, después de gastar la mitad de una para comprar el gallo jerezano.

En el aparato de radio, va a escuchar el 02 de febrero de 1946 que un grupo de abogados ha recomendado al gobierno, regido por Acción Democrática, que el derecho al voto sea ampliado a toda la sociedad sin ningún tipo de discriminaciones. Eso despertó su curiosidad, aunque de inmediato renegó de aquella diatriba política. Era un *algo* que los Navarro cargaban en el ADN familiar.

Chona se llamaba María de la Ascensión Ramos de Duarte. Era una viuda nacida en Chejendé estado Trujillo, que

deambulaba con sus hijos prestando servicios de cocinera en haciendas cercanas a Carora.

Parió siete muchachos, cinco de ellos habían emprendido camino propio y solo vivía con María Victoriana y Antonio José, el menor.

María, su cuarta hija, tenía la noche en la piel, una cascada de cabellos azabaches más allá de la cintura y ojos de color café guayoyo. Todo enmarcado en un metro cincuenta y cinco de estatura.

Tenía la gracia de quien no conoce convenciones sociales y la fuerza irreverente de sus 18 años recién cumplidos en 1946. Alegraba el caney mientras servía los platos a los peones. Sus caderas dibujaban el camino a la comida.

Ella vio a Germán por primera vez cuando Chona lo trajo recuperado de la fiebre amarilla. Le llevó el almuerzo a ese hombresote que, le describió a su hermano Antonio, como "alto, buen mozo y con los ojos como de agua de manzanilla".

Germán la vio entrar al caney con una bata de flores colo- radas y los cabellos sueltos cayendo en sus hombros descubiertos. Su primera reacción fue mirar a Chona para des- cifrar algún gesto de aprobación o rechazo. Sintió que le debía respeto a la mujer que lo atendió con tanta generosi- dad durante su enfermedad, pero luego se dio cuenta que eso podría ser una ventaja para él. Ya había tenido tiempo para que la posible suegra lo evaluara. Chona le esbozó una media sonrisa y se fue del caney, pero Germán no se atrevió a decirle a María más que "muchas gracias, bonita".

Los siguientes días, Germán aumentó el número de pala- bras que cruzaba con María a las horas de las comidas, y hacía maromas para que ella notara su presencia.

Cada tarde, después del trabajo los peones se reunían con un joven zuliano que los enseñó a jugar béisbol. En un improvisado diamante, Germán empleó los músculos que había desarrollado en trabajos manuales para convertirse en un temido lanzador de casi dos metros de altura. A María le gustaba ir a verlo jugar, y aunque él seguía hablando a través de monosílabos, ella fue sacándole información sobre su vida en El Ralo y El Reloj, y sobre cómo se quedó sin casa ni dinero.

Pronto, Germán juntaría valor suficiente para proponerle a María que lo acompañara a pasear hasta el río, el domingo siguiente. Aceptó, pero tuvo que sacarle permiso con Chona. La madre también dio su consentimiento porque se había encariñado con él. Ese domingo Germán se vistió como cuando iba a las galleras: pantalón caqui e impecable camisa blanca. Llegó puntual a la puerta de la casa que ocupaban en la hacienda y ambos se fueron caminando al río Sicare.

Chona los vio alejarse por una trocha boscosa, agujereada por un sol insistente, y aunque jamás contaron qué ocurrió o qué hablaron durante ese paseo, para cuando volvieron anunciaron que habían decidido vivir juntos.

Durante sus años en Falcón a Germán nunca se le conoció mujer. Creció trabajando al lado de su padre, ocupado en aprender cada detalle del funcionamiento de la hacienda. Su única pasión, ajena a eso, eran las galleras.

Se mudaron juntos la misma tarde del paseo al río. Desde entonces él se acostumbró a decir que se enamoró de María de una vez y para siempre.

Capítulo 7

Contrato de sangre

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó él.

—No sé, Alejandro... Dejáme pensar un minuto —le respondió Isaura con la mirada perdida en sus pensamientos.

—¿Y si nos escapamos? ¡Vámonos juntos de aquí! —insistió.

—¡No! Eso no. —dijo ella, incorporándose.

—Entonces, ¿te vas a casar con él? ¿Y yo? ¿Y nosotros?

Isaura, con una claridad terrible para sus trece años, le dijo al novio con el que se juraba amor eterno:

—Escuchá bien. Mi papá dio su palabra de que yo voy casarme con él, y esa palabra hay que honrarla. Es así, no hay discusión. Pero esa fue la palabra de mi padre. Yo te doy la mía a vos. Que no se te olvide nunca. En lo que no más pueda, te busco... vos esperáme.

La tarde que murió Crisanto el viejo, Isaura Cleotilde llevaba a cuestas 44 años de edad, 31 de matrimonio y 13 hijos paridos. Desde que fue pedida su mano, ni una sola vez faltó a los deberes como esposa dedicada y cariñosa madre.

A ella se debe que las mujeres y los hombres de la familia Navarro honren la palabra empeñada como contrato firmado con sangre, y por más pequeño que sea el compromiso, se asume como una obligación.

Debido a ese principio, Isaura permaneció al lado de su esposo tal y como se lo había jurado en el altar: hasta que la muerte nos separe. Y la muerte los separó en 1944.

Vistió de luto cerrado desde que empezó el novenario y hasta la última noche del novenario, y de medio luto el resto del mes.

A los rezos de su marido no faltó nada de lo acostumbrado en aquellos parajes desolados de la sierra, y se encargó de que estuviesen a la altura del respeto que se había ganado en vida Crisanto el viejo.

En la sala de la casa, ella preparó el altar de siete niveles en forma de escalera que cubrió con una tela impecablemente blanca y que fue coronado por un enorme crucifijo de aluminio repujado, elaborado por un artesano mexicano. Nadie sabe cómo llegó al puerto de Coro a bordo de barco de mercaderías, pero sí que su marido lo había cambiado por un lote de cueros de chivo.

Isaura puso en el altar florecitas rojas, amarillas, blancas y moradas, cortadas de los alrededores de su casa. También intercaló las imágenes de los santos que conformaban los pilares de las creencias familiares: la Milagrosa, San Antonio, el Nazareno, la Dolorosa, San Francisco, el Sagrado Corazón de Cristo y un San Benito al que ella le había bordado la túnica azul y un sobrero con lentejuelas.

En cada esquina de los peldaños del altar, colocó unos frascuitos de vidrio con agua hasta la mitad. Dentro de ellos, una velita blanca encendida.

Hizo llamar a Toribio y Socorro, una afamada pareja de rezanderos de la sierra falconiana, expertos en recitar las oraciones que abren los caminos del cielo a los difuntos. En la cocina hirvió durante los nueve días del rito una olla

monumental con sopa de chivo, y encomendó que cada tanto se repartieran, en unas bandejas de plata que mandó a comprar a Coro, cigarrillos, café negro bolón y tragos de cocuy para los familiares, amigos y vecinos que vinieron a darle el último adiós al viejo.

Ella rezó cada rosario que se entonó en favor de eterno descanso del viejo, recibió todos los *mi sentido pésame* durante los nueve días. Caminó de la sala a la cocina unas mil veces para asegurarse que sirvieran comida y bebidas al mar de gente que le inundó el patio, y facilitó camas para las mujeres y los niños que necesitaban recostarse un rato.

Cuando se rezó el último amén del novenario, Isaura miró a los cielos, inspiró como si se cavase el aire, se persignó enérgicamente y, al expirar todo ese aire que había tragado, sintió que un vacío abismal le llenaba el cuerpo, pero estuvo aliviada y libre... Había cumplido.

Germán nunca le preguntó a Isaura nada relacionado con la niña que parió la noche del 20 de enero del 1946. Y tampoco los 10 años siguientes. Nunca se había mencionado a Alejandro, el padre de su hermana menor.

Recibirá cartas de su madre, en las que ella escribe largas explicaciones sobre lo sucedido. En esas misivas, recurrentes por varios años, Isaura le ofrece las razones que la movieron a actuar de la forma en que lo hizo, pero no se disculpa: hijo, yo sé que usted me entenderá el día que el amor de una mujer le forme un médano en el estómago.

Germán no contestó ni una sola de aquellas extensas cartas de su madre y se esconderá de ella en una nebulosa de silencios y distancias.

Solamente volverá a buscarla cuando descubra que él, al escoger a María como la única compañera de toda su vida, ha sido movido por una fuerza similar a la que Isaura atesoró inmutable, durante tres largas décadas.

Al cumplirse un mes exacto de haber enviudado, Isaura guardó el altar que instalaba cada Semana Santa, y que alumbró con velas treinta días seguidos para guiar el paso de Crisanto el viejo al otro plano.

Luego recogió toda la ropa del esposo y las guardó en tres maletas de cuero. Les dijo a los hijos mayores que si algo les quedaba, lo tomaran de allí, o si no, que la regalaran a quien la necesitara. También les pidió que la hacienda no dejara de funcionar, algo que ellos sabían hasta el último detalle.

Todo lo anterior significaron rituales con los que ella cerró ese ciclo de su vida.

Al cabo de 30 años de matrimonio arreglado, Isaura tenía una sola idea en mente. Tomó una hoja de papel, se sentó en la mesa de la cocina con una taza de café y escribió una pequeña carta que luego dobló en un sobre. Pidió a uno de sus hijos menores que fuese a entregarla. Sabía con exactitud el sitio de destino.

El destinatario tomó el sobre que el niño le entregó en sus manos, lo rompió con el aliento paralizado y leyó la única línea escrita con tinta negra:

Alejandro, acá te estoy esperando.

Capítulo 8

La opción del petróleo

La navidad de 1946 fue, con mucho, la más feliz que Germán y María recordarán.

En la mesa donde sirvieron las hallacas para su primera cena como pareja, Chona les dio un regalo inolvidable ese 24 de diciembre. Invocando su magia de partera, vio a su hija, se paró a su lado, le tocó el abdomen y declaró sin dudas:

—Germán, escuche—dijo Chona en tono ceremonial— María está preñada, es niña, y va a nacer antes del 15 de agosto.

Se abrazaron los tres. Comieron junto a los peones que debieron quedarse esas fechas en la hacienda y celebraron bailando con las canciones que salieron de un cuatro trasnochador, hasta que los sorprendió el sol del día 25.

María le pidió a Germán un único regalo de navidad: “Quiero parir en mi pueblo”.

Al despuntar 1947, María, Chona y Germán habían resuelto marcharse a El Empedrado, y así se lo manifestaron a Lencho Figueroa, el dueño de la hacienda, que lamentó perder tres de sus mejores trabajadores. A él le agradecieron que les hubiese dado techo, salario y comida... Partieron.

Eran las cuatro de la madrugada del viernes 24 de enero de 1947, cuando salieron de la hacienda de Tinajitas. Cargaron maletas y pertenencias en tres burras, dejando espacio

en una para que María descansara de vez en cuando, también Antonio, el hijo menor de Chona.

Con la luz de una luna nueva y la llama de dos antorchas hechas con trapo mojado en kerosene, salieron hacia Sicare, tomaron rumbo oeste para atravesar el poblado de Palmarito y siguieron hasta Las Tinajas, donde pidieron posada la primera noche.

Una pareja de ancianos les dijo que podían colgar sus hamacas en una casita encañizada, sin revestimiento de barro que tenían junto a la casa principal. Esa noche María casi no durmió, los pasos y ronquidos de un tigre que rondaba a las burras le tenía los pelos de punta y a mitad de la noche terminó de abrir la puerta para meter a las bestias que, muertas de pánico, chocaban con la puerta de madera.

Con la luz del sol y las burras más calmadas, partieron de Las Tinajas hacia un pueblo llamado Agua Blanca donde pasaron la segunda noche.

El domingo 26 finalmente llegaron a El Empedrado, después de pasar con su pequeña caravana por Copeicito, Sato Bobo y El Alto.

Frente a la casa de Chona, del otro lado de la vereda, vivía Petronila. Una mujer enjuta, de larga cabellera negra y voz grave y potente. Era conocida por muchos viajeros, debido a que la parte trasera de su vivienda colindaba con un camino llamado Paragüito que, en ese entonces, era la ruta obligatoria de aquellos que comerciaban entre los estados del centro occidente venezolano. A su patio, entraban los arreos de mulas a beber y cargarse de agua. También a intercambiar víveres varios por una taza de café o arepas de maíz pila'o, para comer por el camino.

A esa casa entraban también noticias, novedades comerciales, inventos, las nuevas tendencias del vestir e historias de los pueblos vecinos. Uno de los viajeros que se detuvo a cargar agua contó que la mano de obra se estaba mudando al estado Zulia, atraídos por los salarios y beneficios que ofrecían las compañías petroleras.

Santana Morillo, compadre de Germán, estaba en casa de Petronila y escuchó el relato del viajero con una fascinación que no logró sacársela de encima durante dos semanas, hasta que lo soltó:

—La vaina buena está en el Zulia. Allá están reportando gente, mi compadre. Vámonos, a ver si nos contratan.

El Empedrado no sólo era el terruño de María, sino que ofrecía una buena opción de trabajo. Por esos años se le consideraba el granero del estado Lara, debido a su alta producción agrícola, facilitada por una abundante disposición de manantiales de agua (El Higuerón, Aguas Vivas, Copeicitos, Las Casas Viejas, Las Minitas y Los Chorritos), que garantizaban la fecundidad de sus suelos.

Y, a pesar de que los Navarro renegaban de la política y sus pasiones, los vientos de esos asuntos los van a perseguir todas las generaciones. Germán llegó a este pueblo que se fundó en las tierras de una antigua hacienda, ubicada en las orillas de un conocido camino de recuas, por el que se realizaba el comercio entre los estados Lara, Trujillo y Falcón. Allí iban a refugiarse los perseguidos por las dictaduras del país.

En la casita de Chona, construida con barro y caña bravía sobre una pequeña loma en el sector *Calle abajo* de El

Empedrado, y a la sombra de tres gigantescos árboles de mamón, María parió a Carmen Emilia el 08 de agosto de 1947, tal y como lo predijo la abuela.

Germán esperó el alumbramiento escuchando la radio debajo de los mamones, y Carmen, como presagio de su futuro gusto por los programas radiales de música, nació apenas un par de horas después de que la emisora Ecos del Torbes empezara a transmitir su señal desde San Cristóbal, en el estado Táchira.

Germán prestó atención a la propuesta de su compadre y miró a María. Un trabajo en las petroleras le daría el estatus que había perdido, cuando su hermano fue despojado de la hacienda familiar en una vuelta de dados.

—Yo creo que deberíamos irnos, María —le dijo.

— ¿Y mi mamá? —preguntó ella.

—En lo que encontrémos trabajo en una compañía, nos la llevamos.

—No creo que ella quiera vivir arrimada, Germán; ya sabés cómo es... —reclamó.

—Bueno, entonces podremos ayudarla. Esos salarios son buenos según me dicen, María —y añadió solemne— yo ya estoy cansado de ser peón de hacienda.

María pasó toda esa noche explicándole a Chona que un trabajo en las petroleras iba a ser bueno para toda la familia y que ella no iba a olvidarla.

Una semana más tarde y acompañados por Santana Morillo, se embarcaron en una camioneta *pick up* de color bei-

ge, propiedad de un conductor de nombre Pablo Pacheco y que cubría la ruta El Empedrado-San Timoteo (a orillas del lago de Maracaibo).

La camioneta era un improvisado autobús con techo en la cabina de carga, cuatro largos bancos de madera para sentar a los pasajeros y que, en letras coloradas, tenía pintada la frase *Volví porque te quería*. En ese transporte cruzaron las temidas curvas de San Pablo, cubriendose el estómago con papel periódico para tratar de evitar los vómitos causados por el bamboleo. Al final de la tarde, y con el cuerpo desecheo a causa de las náuseas, desembarcaron en Mene Grande, al este del estado Zulia.

En ese momento, Mene Grande era una pequeña ciudad que bullía con el paso de enormes camiones utilizados para sacar petróleo, vehículos particulares del año traídos por los gringos desde Estados Unidos, obreros de varias nacionalidades embadurnados de *excremento del diablo* que cada tarde se refugiaban en bares, prostíbulos y tiendas de abarrotes surtidas con los más sofisticados productos, expuestos a los ojos del creciente consumo de la sociedad petrolera.

Llegaron al estado Zulia atraídos por la fiebre del petróleo y con el sueño de hacerse la vida que unos dados le habían arrebatado, al menos a Germán. Solo tenían en las manos tres maletas, a una hija de seis meses de nacida y las morocotas de oro.

Desde el primer día se dedicó a visitar los portones de los talleres de la empresa Royal Dutch Shell (*o la chel, como le decían coloquialmente*). *Ilusionado como estaba desconocía* que los obreros petroleros eran una nueva forma de esclavitud y que los amos eran unos *musiús* que regían la explotación de crudo en suelo venezolano.

Capítulo 9

Del diamante a “la chel”

El petróleo no terminaba de brotar para Germán Navarro y por eso aceptó convertirse, una vez más, en peón de un corral de vacas ubicado a las afueras de San Lorenzo, sólo con la intención de estar cerca de donde operaba “la chel”.

Volver a esas faenas le sabía a derrota, por eso lo hizo a regañadientes.

Cuando terminó el primer día del nuevo empleo, regresó al palafito que había alquilado en San Timoteo, con su mujer, gracias a una de las morocotas del viejo Salazar que seguía atesorando en el cinto. Se dio un baño y mientras se sacaba la tierra de las uñas con un palillo, bebió café con su mujer remojando los pies en el Lago de Maracaibo. María tenía un humor raro.

—¿Qué es lo que te pasa? —preguntó el hombre.

—No sé. Tengo un desconsuelo en el estómago —contestó ella, mientras subía y bajaba a la bebé para que también tocara el agua.

—Mirá María, a mí tampoco me gusta ese trabajo en el corral, es como echar pa’ atrás, pero...

—¡Germán! No te lo digo pa’ preocuparte más.

—Yo sé —asintió él.

—Pero me da miedo que no consigás el otro trabajo. ¿Qué le decimos a mamá? Nos vinimos de su casa, donde teníamos techo y comid...

—¡Lo vamos a conseguir, María! Esto va ser por un tiempito ¡Te lo juro! Nosotros vamos de aquí pa' una petrolera —decretó.

Él tenía un carácter inquebrantable y cada día, al finalizar la faena del corral, se vestía con su pantalón caqui, la camisa blanca almidonada y se iba a San Lorenzo. Preguntaba en los portones de la refinería si necesitaban un obrero. Iba a los bares y conversaba con los trabajadores que salían de su jornada diaria. Se hacía notar con sus casi dos metros de altura y su verbo alegre. Algunas veces, María y la bebé lo acompañaban; otras, iba solo o con el compadre Morillo, pero no dejó de ir ni un solo día. Tenía en mente el juramento hecho a su mujer y eso le ocupaba el alma.

Santana Morillo entró corriendo a la planchada de los palafitos. Desde lejos se oía retumbar su carrera sobre las finas maderas de los puentecitos, que servían de calles a las casas flotantes.

Se detuvo jadeante en la puerta del palafito que rentaban Germán y María, y les mostró una marusa que traía en las manos.

—Mi compadre, ipóngase esta verga! —dijo, antes de lanzarle el saco.

Germán, que estaba terminando de abrocharse la camisa almidonada, lo atrapó en el aire y palpó de inmediato que se trataba de un par de zapatos.

—¿Y esta vaina? —preguntó.

—¡Póngaselos! que hoy es su día de entrar a "la chel" — dijo con tono sobrador.

Al abrir la marusa que le lanzó el compadre encontró unos zapatos raros, que tenían pequeños tacos atornillados en la suela. Los examinó con detenimiento. En la hacienda había practicado béisbol con elementos rudimentarios. Nunca había visto nada similar, pero Santana Morillo siguió hablando:

—En 15 minutos empieza la práctica del equipo de béisbol de la chel. Nos falta un *pitcher*, y yo les dije que conocía uno, uno bueno, que podía ser nuestro *Jackie Robinson*...

—¿Y quién coño es ese, compadre? —dijo Germán con una risita cómplice, mientras se ataba los zapatos raros.

—¡Después le digo! Déjese de vergas, mi compadre, y termine de amarrarse los guayos que se nos hace tarde —remató Santana.

¡Firme aquí!, le indicó un señor vestido con camisa de mangas cortas, pantalón beige, corbata marrón y lentes de grueso carey, que estaba de pie al otro lado del escritorio.

Él apretó el bolígrafo y garabateó lo único que había aprendido a escribir para el tan esperado día: *Germán A. Navarro S.*

Germán era analfabeto. Había sido un niño trabajador y, mientras vivió en la sierra falconiana, nunca acarició un libro, ni siquiera por error.

Terminada aquella primera práctica con el equipo de béisbol de la empresa Shell, y luego de que lanzara la pelota, sin mucha técnica, pero a más de 80 millas por hora, el manager le dijo: "yo te necesito en este equipo", pero de

inmediato especificó que solo podían jugar los trabajadores de esa empresa.

—Entonces hay que reportarte en la chel. Mañana mismo hablo con uno de los supervisores —aseguró el mánager.

Germán contuvo la euforia y solo se limitó a responder:

—Yo no le tengo miedo al trabajo, señor, ipóngame en lo que sea!

Se emocionó con el anuncio, pero no quería celebrar hasta que hubiese firmado un contrato.

Al terminar ese primer entrenamiento, agradeció a Santana Morillo la invitación, pero le dijo que debía hacer algo importante antes de irse al palafito. Sin quitarse siquiera los guayos caminó hasta el abasto del señor Fariás y compró un cuaderno doble línea y un lápiz de grafito.

María esperaba de pie en la puerta del palafito, con la niña en los brazos. Unos pasos antes de que llegara al portal, vio que Germán le hizo señas de que entraran rápido a la casa. Fue una costumbre en su matrimonio: hablar las cosas importantes a puerta cerrada y no contarlas a nadie hasta que se concretaran.

—María, vení, pasá. Escuchá esto. Es casi seguro que me vayan a reportar en Shell —le contó después de besarla.

—¡Ay, Germán, me va a dar un infarto! —respondió.

—Necesitan un pitcher en el equipo de béisbol, pa' eso vino el compadre. Me hicieron una prueba y les gusté...

—¿En serio? ¿Y ahora qué hay que hacer?

—Bueno, el entrenador me dijo que mañana hablará con un supervisor. Eso debe ser rápido, pero no demos nada por sentado hasta que firme el contrato.

—¡Está bien!, está bien, está bien —repitió María exhalando profundamente para calmarse.

—Mientras tanto —continuó Germán— iré a entrenar con ellos toda la semana. Yo soy el interesado.

—Sí, sí, hagamos eso.

—María, pero hay algo que me preocupa.

—¿Qué cosa, mijo?

—Esa gente no sabe que yo no sé leer ni escribir —dijo temeroso.

—¡Dame acá eso! —le respondió ella quitándole el cuaderno de la mano.

Los días siguientes, Germán iba a trabajar en el corral hasta la cuatro de la tarde, entrenaba béisbol hasta las 8 y hacía las planas que María le ponía en el cuaderno para que aprendiera a escribir su nombre.

Germán ni siquiera preguntó qué trabajo debía hacer. Tampoco a ellos parecía importarles. Lo firmaron como a los peloteros profesionales. Él estaba emocionado. Al salir de la oficina de la empresa con una copia de su contrato y un carnet con su nombre y foto, se fue directo al palafito. Enarbóló ambos documentos y anunció:

—¡Hagamos las maletas, María! Mañana mismo nos mudamos pa' San Lorenzo.

Los obreros reportados, como llamaban a los que eran contratados formalmente, vivían en casas construidas por la chel, y la familia Navarro fue asignada a la casa número 50-A, de la urbanización Miramar. Les tocó una vivienda

de color verde, con una amplia jardinera de ladrillos rojos en el frente. Tenía tres habitaciones, dos baños, sala-comedor, cocina, lavandería y un enorme patio sin cerca perimetral. Ese patio, adornado con un árbol de uvas de playa, terminaba en la orilla del Lago de Maracaibo, y cada tarde, María llevaba a los hijos a bañarse en esas aguas.

La familia se estableció y multiplicó. Después de Carmen, María parió a Juan Guillermo, Miguel Ángel, Ana Isabel, Crisanto de Jesús, Argenis José, Javier Segundo y Anival José. Germán se casó con María en 1958, cuando se inauguraba la democracia y caía el dictador Marcos Pérez Jiménez.

En San Lorenzo, a orillas del Lago de Maracaibo, Germán Agustín Navarro Sánchez abrazó carne y espíritu: se hizo hombre. Con su ingreso a la Royal Dutch Shell de Venezuela, el 1 de abril de 1948, dejó ser un errante peón de haciendas. Se hizo obrero petrolero especializado, jugó béisbol destacadamente y encontró nuevas luces en su vida cuando su mujer lo enseñó a leer y escribir.

Así que el día que firmó su contrato, el equipo de béisbol ganó un lanzador incomparable que fue ídolo de las gradas. La empresa, un trabajador de notable fuerza física que no faltaba a sus labores; y él, había cumplido la promesa que le hiciera a su mujer cuando se aventuraron a dejar El Empedrado un año atrás. Fue un diamante en bruto que brillaba en el también diamante de un estadio de béisbol.

Capítulo 10

La nueva esclavitud

Al finalizar la década de los 40 del siglo veinte, la Refinería de San Lorenzo era la joya de la corona para la industria petrolera venezolana. Ubicada en el extremo sur del Lago de Maracaibo, se erigía como una instalación que, en su máxima capacidad, llegó a procesar hasta 38.000 barriles de petróleo por día. Fue la primera del país, también de América Latina.

Y aunque el petróleo ya brotaba en otras zonas del país, San Lorenzo seguía atrayendo la mano de obra que abandonaba los campos tras la ilusión del oro negro.

Germán comenzó siendo obrero en la refinería, empleado en tareas menores. Lo primordial era que jugara en el equipo de béisbol. Las actividades deportivas serán un sello distintivo de las empresas petroleras extranjeras asentadas en el país. Pero esa práctica deportiva no será un elemento aislado de mero altruismo empresarial.

Los campamentos petroleros fueron muy bien planificados, en todos los sentidos.

Muchos de los nuevos trabajadores del petróleo habían sido campesinos que migraron desde los estados vecinos sin sus familias. Una de sus principales distracciones era los prostíbulos instalados en los alrededores de las zonas de exploración y producción de petróleo.

Cuando Lagunillas de Agua quedó reducida a cenizas, el 13 de noviembre de 1939, todos creyeron que era culpa de los prostíbulos.

Nadie sabe cómo, pero lo que se dijo fue que una lámpara de kerosene se cayó por accidente desde una de las mesas del Bar Caracas, propiedad de Alicia Mendoza, "la caraqueña", hacia las aguas de Lago de Maracaibo, que ya por esos días lucían aceitosas a causa de la extracción de petróleo. Esa fue la chispa que desató un infierno que barrió con el pueblo de palafitos. Se dice que hubo 5.000 muertos y unos 300 ranchos de tablas que ardieron tan rápidamente como un fósforo.

Para los creyentes, el fuego vino a purificar la impudicia de aquella babilonia flotante. Y en su imaginario aún se oye la *sentencia de muerte* que un cura le hizo a Lagunillas de Agua, por albergar burdeles repletos de prostitutas foráneas, mujeres que llegaron a ese pedazo de tierra zuliana arrastradas por la bonanza petrolera. Otros se atreven a sugerir intereses políticos y económicos en la destrucción de Lagunillas de Agua, ya que la catástrofe dio paso a los planes para edificar Lagunillas de tierra firme y Ciudad Ojeda.

Por ese gigantesco incendio (o a causa de él), que borró de la faz de la tierra al pueblo palafítico, la bandera y el escudo del hoy municipio Lagunillas tienen como emblema al Ave Fénix. Quizá, un recordatorio de que Ciudad Ojeda y Lagunillas de tierra firme surgieron de las cenizas de Lagunillas de Agua.

Los campamentos obreros impondrán —en lo sucesivo— un nuevo orden familiar. Aquellos que habían crecido en los campos agrícolas al lado de abuelos, hijos, primos y sobrinos, se mudan a estas urbanizaciones donde solo cabe la familia nuclear.

A eso responde el diseño de las casas de los campamentos para obreros. La mayoría solo contará con dos o tres habita-

ciones. La fundación de los comisariatos, quizá los primeros súper mercados del país, que sustituyen la cultura del abasto local, introducirán alimentos que hasta el momento no formaban parte de la dieta de los venezolanos, transformando con ello la cultura alimentaria y nutricional.

Viviendas, clubes, estadios, escuelas, clínicas, comisariatos, actividades deportivas, culturales y recreativas, e incluso las cercas periféricas de las urbanizaciones que separan socialmente a los obreros de los que no lo son, significarán un desarrollo que solo respondía al sostenimiento de la producción de petróleo.

Los campos petroleros fueron una especie de campos de concentración, pero más sofisticados. Los campamentos, los clubes y hasta las escuelas, van a estar divididos según las características socioeconómicas del personal. Habrá espacios exclusivos para la nómina mayor (los jefes) y otros para la nómina diaria (los obreros), en los que estaba prohibido mezclarse.

Además, cada dos o tres calles, la empresa otorgaba casa a un efectivo de la Guardia Nacional (GN) que, algunos suponen, reportaba a los jerarcas de la empresa el comportamiento social de los obreros; de allí que en las oficinas se sabía todo lo que pasaba en esas casas.

Bajo esa misma lógica se crearon los clubes, donde el obrero podía, incluso, sentarse en una barra a tomar unos tragos y así evitaba moverse hasta los bares. La industria petrolera creó una nueva forma de vida alrededor del trabajo, con el único objetivo de que el obrero rindiera más en la producción de petróleo.

En este micro universo, que permeó a todo el país, Venezuela abandonaba la superficie de la tierra para penetrar

en el subsuelo, de donde manaba a chorros el oro negro. Se iría transformando culturalmente el país, de forma acelerada y estruendosa.

Hasta el año 1936, las riquezas generadas por la explotación de petróleo aún no superaban la producción agrícola. Pero ya se había iniciado la mutación de la matriz productiva nacional. Con ello también vendrá el auge de la organización sindical del país.

Acababa de morir el dictador Juan Vicente Gómez y Venezuela era gobernada por Eleazar López Contreras. Tras décadas de represión y persecuciones políticas, se da paso a nuevas luchas sociales y asociaciones de todo tipo. Uno de los más destacados fue el Bloque de Partidos Políticos del Zulia que dirigía Isidro Vallés. De ese bloque formaban parte los comunistas. Se recupera la libertad de prensa, se aprueba una nueva Ley del Trabajo y se populariza el debate.

En ese marco, se produce la primera gran huelga petrolera de la historia del país, entre el 14 de diciembre de 1936 y el 23 de enero de 1937.

Los campos petroleros del estado Zulia —Cabimas, San Lorenzo, Mene Grande, Bachaquero, así como Mene Mauroa y Cumarebo en el estado Falcón— van a ser el epicentro de este reclamo obrero que durará 47 días. Más de diez mil trabajadores se sumarán a la huelga que logró estremecer los cimientos de la naciente industria.

Los sindicatos exigían diez bolívares de aumento. El Gobierno, presionado por las empresas extranjeras, otorgará mínimas concesiones a los sindicatos: aumento salarial de

un bolívar y otro bolívar adicional para aquellos que no vivieran en casa propia. También se les concederá agua fría que, aunque parezca increíble, era considerado un lujo que no debían darse los obreros.

Germán era un defensor orgulloso de la lucha obrera, desde que militó en el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). En más de una reunión predicaba:

—Después de la Guerra Federal, la huelga petrolera fue el acontecimiento político más importante de la historia ¿Por qué? Bueno, por la masa obrera que movilizó, porque enfrentaron un enemigo formidable y porque esa huelga tuvo un profundo contenido patriótico.

Germán Navarro había dejado el campo cuando su familia perdió la hacienda en una vuelta de dados, pero también creyendo que un trabajo de obrero petrolero suponía trabajar para él y no para un explotador.

Fue pescado con el anzuelo del béisbol, y va a pasar el resto de su vida dentro del campamento petrolero.

Cuando el hombre llegó, doce años después de la Gran Huelga del 36, la industria mostraba las fauces del monstruo en el que se convertiría. Buena parte de su historia y desarrollo se llevó por delante a los Navarro, que crecerían en número dentro de la misma pequeña casa de lata del campamento. Eso no lo sabrá aun, pero lo intuye su corazón.

Cuánta ingenuidad cabe en la figura de aquel joven serrano, que se largó de Falcón para hacerse hombre y que, de a poco, se hizo obrero.

Capítulo 11

Fin del peregrinaje

A medida que crecía la familia en San Lorenzo, Germán era movido de una casa a otra. Así vieron en las urbanizaciones Puerto Rico, Las Delicias, Miramar y de nuevo Puerto Rico, antes de que lo trasladaran a Lagunillas hacia 1965.

El aumento de las labores de producción requería la mano de obra que ya no era primordial en la refinería de San Lorenzo. Una instalación que comenzaba su declive operacional.

Lagunillas es una población del estado Zulia (Venezuela), ubicada en el municipio del mismo nombre. Es la capital de la Parroquia Venezuela y se encuentra geográficamente ubicada entre Ciudad Ojeda (límite norte) y Bachaquero (al sur).

Es una pequeñísima franja de tierra pegada al costillar de la Costa Oriental del Lago de Maracaibo o, más concretamente, separada de esas aguas por un muro de contención. Una barricada monumental que le ha robado tierras al lago desde 1929.

En la actualidad y debido a un fenómeno de hundimiento del suelo, se encuentra —en algunos puntos— a cinco o seis metros por debajo del nivel de las aguas del lago.

Este problema hizo que, en octubre de 1992, el gobierno dictara una ley para el financiamiento del Plan de reubicación de la población asentada en áreas sometidas a fenó-

menos de hundimiento (Subsidencia) en la Costa Oriental del Lago de Maracaibo, durante el período 1992-1996, según consta en los registros del Archivo histórico del Tribunal Supremo de Justicia.

27 años más tarde, no se ha culminado la reubicación de los habitantes de los campamentos petroleros que se hunden... también en el abandono institucional.

Cuando llegué a la oficina de la refinería, la señorita Vicenta Rojas me mostró un mapa de la urbanización Puerto Nuevo.

Recuerdo clarito que me dijo: "Señor Navarro, usted y su familia son los primeros que se mudan, así que tiene el privilegio de escoger la que será su nueva casa".

¡Carajo! dije, nunca había escogido una casa. Pero la señorita me indicó que me tomara mi tiempo, sin apuros.

Miré ese mapa como 20 minutos. Pedí la casa más apartada de todas. La última casa de la última calle: la 125-B.

Vicenta sonrió: "va a vivir muy cerca del estadio de béisbol, señor Navarro, así podrá seguir pichando", dijo ella que me había visto varias veces con equipo de la Shell.

María, los muchachos y yo nos mudamos sin muchos preparativos, y desde el día que llegamos a Lagunillas no tuvimos vecinos sino hasta quince días después.

En esa oportunidad, la empresa me mudó y también me cambió de trabajo. Fui asignado como integrante del equipo de izamiento (grúas) de setenta toneladas, y un par de años después, me trasladaron con nuevo salario al Departamento Náutico de la empresa Maraven, filial de Petróleos

de Venezuela. Eso fue cuando la Shell dejó de operar en Venezuela hacia 1976.

Trabajé en las cuadrillas que hacían las mudanzas de las gabarras de perforación, luego que dejaban de perforar un pozo en las aguas del Lago de Maracaibo.

Me especialicé en las peligrosas maniobras de mudar una gabarra de perforación de petróleo en medio de las mareas que mueven al lago y, casi al mismo tiempo, cambié el béisbol por el softball y las bolas criollas... es que la vista y los reflejos no eran los mismos.

Pero no vaya usted a creer, con mis cincuenta años recién cumplidos yo seguía siendo un bateador de cuidado y un bochador certero debido a que mi brazo derecho estuvo entrenado en el lanzamiento de rectas de dedos separados y la bola nudillos.

Además, y cosa rara en la familia, me apasioné con las luchas obreras y la reivindicación de nuestros derechos como trabajadores ¡Qué vaina! Y eso que mi padre y mi abuelo siempre me repetían que la política era una pérdida de tiempo, una vaina sucia. Pero me dejé llevar por las ganas.

Lo primero que hice fue afiliarme a un sindicato clandestino que formamos un grupo de obreros de la refinería de San Lorenzo. Éramos betancuristas, seguidores de Rómulo Betancourt, pero además en esa época nos asumíamos comunistas. Y cuando el partido Acción Democrática (AD) se dividió, yo me fui detrás del maestro Luis Beltrán Prieto Figueroa a fundar el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP). Poco tiempo después, dejé la militancia. Y así, de un día pa' otro, se terminó mi pasantía por la política.

Germán era un hombre recto en todos los aspectos de su vida. Quizá el ejemplo más notable de su conducta es legendaria anécdota en Lagunillas.

Crisanto, su hijo, jugaba al béisbol, y como él, se había hecho lanzador. Nadie negaba sus condiciones deportivas.

A finales de los años 60, Crisanto el negro (le decían) fue seleccionado como abridor estelar de la selección juvenil del estado Zulia. El torneo nacional se disputó en Lagunillas, es decir, en su casa. Lanzaba contra el equipo de Distrito Federal y en la cuarta entrada el receptor, un joven llamado Baudilio Díaz, le bateó un jonrón kilométrico que pasó por encima de la cerca del *rigth field*.

El negro estaba desconcentrado y molesto. Al siguiente bateador lo puso en tres y dos. Decidió pasarlo con una recta pegada a los codos, una de sus más poderosas armas como lanzador. Pero el árbitro cantó aquel lanzamiento como bola afuera. El negro, molesto, pateó la tierra y lanzó el guante contra el piso en señal de protesta. El árbitro reaccionó expulsándolo del juego. Se fue al banco murmurando improperios. Germán estaba en la grada mirando al hijo. Entonces salió del estadio, caminó hacia la parte trasera del *dogout* y le dijo que se acercara. Cuando Crisanto estuvo a un paso de su padre, escuchó su voz de trueno:

—Recoja sus cosas, mijo. Nos vamos pa' la casa. Si usted no va a respetar al juego y a los árbitros, entonces es mejor que no juegue.

Y se lo llevó.

En Puerto Nuevo, Germán tuvo nietos, casó dos hijos, graduó de bachiller al menor, encausó al béisbol y la univer-

sidad a otros dos, enseñó la responsabilidad del trabajo a todos y se volvió benefactor de su familia.

Solo profesaba dos firmes creencias que repitió y enseñó a sus hijos como mantra. La primera: "comparta de lo poco que tenga y no lo que le sobre". Y la segunda: "no le llore calamidades a nadie".

Fue padre de sus hijos, pero también de sus hermanos menores y mayores. A su casa peregrinaban todos cada navidad y las hamacas se multiplicaban hasta en el patio. Germán se convirtió en el tronco de una frondosa familia.

Capítulo 12

Tierra sin raíces

A inicios del siglo pasado, la petrolera Shell de Venezuela ya había terminado de construir los campamentos de obreros en Lagunillas. Puerto Nuevo fue el último de ellos.

Nadie recuerda por qué lo llamaron Puerto Nuevo. Algunos creen que el nombre obedece a sus primeros habitantes fueron transferidos desde la urbanización Puerto Rico, vecina de la refinería de San Lorenzo. De ser así, la ecuación habría sido simple: de Puerto Rico, a Puerto (Rico) Nuevo. Pero eso es una conjetura.

Lo cierto es que en el puerto desembarcaron 250 familias de distintos puntos del país y también extranjeros de alguno que otro país europeo.

Las casas de este campamento se fabricaron en pares y se identificaron con números y letras. Germán y su familia ocuparon por la 125-B.

Eran viviendas idénticas, prefabricadas, con pisos de cemento y paredes de unas rectangulares estructuras de latón, atornilladas a un altísimo techo de dos aguas. Todas tenían cielo raso, también metálico, que no alcanzaba a mitigar el calor en un territorio donde las temperaturas rondan los 35 grados centígrados, todo el año. Contaban con sala-comedor, cocina, lavadero, dos o tres habitaciones, dos baños y un patio.

Este campamento tenía también sus atracciones. Una plaza circular, bautizada por sus habitantes como la redoma, un club social y deportivo: Alianza, donde los obreros po-

dían jugar truco, dominó, billar y bolas criollas. También un estadio de béisbol llamado "5 de julio".

Pero sin importar el mobiliario urbano que las petroleras disponían para comodidad (o seducción) de los obreros, se sabe que casi ninguna de las 250 familias que habitó Puerto Nuevo desde su construcción, creyó que viviría allí el resto de su existencia. Eso explica por qué todos sembraban las plantas en macetas y nunca en la tierra.

Pocos años después de su inauguración a Puerto Nuevo le diagnosticaron una rara enfermedad. Los especialistas la nombraron subsidencia. Un fenómeno de hundimiento progresivo de la tierra, causado por la extracción de petróleo del subsuelo, dijeron.

Pero en Puerto Nuevo, todos intuyen la verdad: el suelo fue cediendo su nivel, centímetro a centímetro, año tras año, a medida que Germán encajaba sus huellas de gigante y retumbaban sus pisadas en las calles.

Él fue el primero en llegar, también el primero en plantarse. No quiso materos para su nueva casa y antes de entrar con la mudanza, antes de abrir siquiera la puerta principal, se fue directo al patio e hizo lo que su madre acostumbraba cada vez que debieron cambiar de techo: sembró.

Eso lo recuerdo con bastante claridad. En el camión que nos hizo la mudanza yo metí unos guacales de madera. Eran siete matas de plátano, una de mango, maticas de pimentón, cebollín y cilantro. Una mata grande de albahaca, orégano orejón, toronjil, una de caujil y un tamarindo.

Mi madre decía que el que siembra se amarra a la tierra y no pasa hambre. Eso es verdad, y antes de meter los corotos a la casa nueva, llamé a los muchachos al patio y escogimos los sitios para las matas. Las sembramos todas.

No sé si lo saben, pero Lagunillas se llama así porque las casas se construyeron donde antes había pequeñas lagunas. La tierra es húmeda. Uno escarba pocos centímetros y ya se siente la humedad o el nivel freático como dicen los ingenieros.

A mí me gustó mucho este pantanal, creo que incluso sin haberlo visto siquiera. Por eso nos quedamos, echamos nuestras raíces.

Le digo más. Un día, cuando ya teníamos varios años aquí, supe —no me pregunte cómo—que Puerto Nuevo sería nuestro último destino. Ese mismo día le pedí a María que buscara la cajita de madera donde fui guardando todos los ombligos de mis hijos, y también los de los cinco nietos que habían nacido.

Me llevé esa cajita para el trabajo. Era un lunes y el lago de Maracaibo estaba inusualmente tranquilo cerca del mediodía. Caminé hasta la proa de la lancha que nos llevaba a mudar una gabarra. Me sostuve de la baranda, abrí la cajita y lancé al lago todos los ombligos!

Fue un pacto entre el lago y yo. Le pedí a las aguas que acunaran a mi familia, que la cuidara. A los que estaban y a los que iban a llegar después... y le pedí para que nunca nos dejara irnos de Lagunillas.

Serán vainas mías, pero a mí me fascinó este lago al que tantos poetas le han escrito y en el que vi al sol nacer y ocultarse un millón de veces. Aquí, en este puerto, yo me dejé cantar por el tímido llanto de sus marullos.

Capítulo 13

De vuelta a Aguada Grande

La mañana del lunes 29 de junio de 1981, Germán se despertó antes que María. Puso a hervir el agua a fuego lento para colar café y se dispuso a afeitarse, como cada día de su vida. Ponía especial dedicación al delinejar sobre el labio superior un bigote finísimo, a lo Pedro Infante, que usaba desde la juventud. Recién había cumplido los cincuenta y cinco años.

Vistió el infaltable pantalón caqui y descolgó de la perchera la camisa blanca que su esposa le había almidonado. En el bolsillo izquierdo metió el estuche negro de los lentes de aumento, que tenía una pinza para sostenerse de la tela. También un bolígrafo de tinta azul y algo de sencillo para el bolsillo del pantalón.

Coló un café bolón, como le gustaba, y le dio sorbos largos mientras se entretuvo mirando los rayos de sol que cruzaban la tela metálica de la ventana. En ese momento, el sonido de una puerta lo devolvió a la realidad y se dio cuenta que sus hijos y sus nietos vivían con él en una casa que dependía únicamente de sus interminables jornadas de trabajo físico en el Lago de Maracaibo.

Meditó que si algo llegara a pasarle no tendrían quién los protegiera. Pudo ver, como en un caleidoscopio, lo que vendría. Fue una clarividencia del futuro inmediato de su familia.

Vio a los hijos adultos y los nietos que aún no habían nacido buscarse la vida entre un lodazal de petróleo. Vio a

Puerto Nuevo en su inexorable ruta al infierno. Vio el último día que estaría en la tierra... y el trago de café le quemó la garganta.

De inmediato, una corriente le subió de los pies al pecho y sintió una molestia entre el hombro y el corazón, pero estuvo seguro de que se trataba del esfuerzo hecho el día anterior, cuando debieron mudar una gabarra tres veces, en varias locaciones del Lago de Maracaibo.

Lavó la taza de café y salió por la puerta de la cocina. En el patio, uno de sus nietos, de apenas 6 años y medio, jugaba con un bate plástico de béisbol color amarillo, dos pelotas blancas y un casco rojo que le bailaba en la cabeza.

—¿Ya sabéis batear? —preguntó arrodillándose para alcanzar al pequeño.

—Estoy aprendiendo, abuelo —respondió.

—Bueno... Voy a hacer unas diligencias al banco y, cuando regrese, practicamos...

En el portón del garaje se detuvo a hablar con Javier, el penúltimo de sus hijos. El niño observó que el abuelo le daba instrucciones al tío, luego arrancó a caminar. La casa 125-B se ubica al final de una calle que gira a la izquierda; así que el patio queda a un costado, lo que le otorga una forma semicircular. A la mitad de ese giro el niño corrió a despedirse de nuevo:

—¿La bendición, abuelo?

—¡Dios te bendiga, mijo querido! Voy y vengo...

El niño volvió a jugar al bate y la pelota, con el tío que también tomaba café. De tanto darle palos a la bola de plástico terminó por levantar el sol.

Las mujeres de la familia aseguran que los hombres de este clan han muerto todos de la misma enfermedad: miedo.

Papá Lionzo, por miedo a no morir en el monte como un animalito, se compró a los veintiún años de edad la urna en la que fue enterrado.

Crisanto el viejo, hijo de Lionzo, murió en la cama de su casa, a causa de un mal curable, por miedo a verse con un médico y que éste le dijese que tenía algo peor de lo que en realidad padecía.

Y Germán, se resintió del corazón cuando pudo ver el futuro de su familia, desde el día que no contasen con él.

Se dice que cualquier problema en el corazón, está relacionado con el movimiento y la valoración. Éstos, según algunos autores, se derivan de conflictos reales o imaginarios. El inconsciente no entiende que pueda tenerse un conflicto que no sea real, entonces, si existe un conflicto en la cabeza, la enfermedad vendrá tratando de resolver el conflicto.

Germán Navarro temía por algo que él mismo no podía controlar, aunque quisiese hacerlo: el futuro de sus hijos y nietos. Como se había dedicado a disfrutar con su familia en tiempo presente, aquel día descubrió que no había preparado nada para después.

No dejó propiedades a su familia, les heredó la hipertensión arterial. Tres de sus hijos varones morirán a causa de problemas en el corazón, antes de cumplir 50 años. Otros miedos los persiguieron sin tregua alguna.

El corazón es la casa, y la casa que fundó Puerto Nuevo iba a morir prematuramente.

Germán se cruzó con la comadre Chela Tremont, que regaba las matas antes que la resolana las tostara.

—¿Ya tomó café, compadre?

—Sí, Chela, no se preocupe. Voy de un carrerón pal banco. A ver si salgo temprano —respondió y siguió de largo.

Cruzó el terrenito, un rectángulo de tierra inútil a dos calles de su casa. Ese peladero no tenía viviendas construidas; ni era plaza ni parque, solo eso, un terreno. Cuando llegó al Club Alianza decidió que no esperaría un carrito de la ruta Lagunillas-Los Campos, sino que seguiría caminando las otras veinte largas cuadras que faltaban para llegar al banco.

Frente a la barbería de Pepe, el italiano, volvió a tocarse el hombro, el dolor se le extendía hasta el codo.

—¡A verga! ¿Será que me jodí un tendón? —pensó, mientras hacía girar el brazo.

El sol estaba levantando y cerca de las 7:00 a.m. ya había un calor infernal. Germán comenzó a sudar copiosamente y se enrolló las mangas de la camisa que ya colaba su transpiración. Caminando en línea recta llegó hasta la esquina del Comando número 33 de la Guardia Nacional, y dobló hacia la derecha para seguir rumbo al banco.

Unos trescientos metros más adelante se encuentra —aún— la clínica Maraven-Norte; por un minuto pensó en entrar a que lo revisaran, pero el reloj de pulsera le dijo que se le haría tarde para pasar por el banco.

—¡Esto debe ser una pendejada! Así no voy a poder picarle al nieto... —se daba ánimos.

Recordó que un doctor le había advertido de los riesgos de sus problemas de hipertensión, detectada cada vez que

se practicaba los exámenes médicos pre vacacionales. Pero nunca lo reveló a su familia. Les mentía diciendo que su salud era "la de un coñito".

Javier suspendió en el aire la pelota que estaba por lanzar al sobrino, cuando una camioneta blanca con el logo de Maraven en las puertas hizo chillar los neumáticos al frenar frente a la casa y sonó la corneta.

Argenis, otro de los hijos de Germán, al que todos llaman "NT", salió corriendo al portón. El nieto vio desde el patio que el hombre que manejaba la camioneta *pick up* hacía señas como loco, pero de pronto se apuntó varias veces el corazón.

"NT" se llevó las manos a la cabeza y volvió a entrar en la casa, corriendo.

Ninguna pelota cayó ese día. Todas quedaron flotando.

Germán no se detuvo en la clínica y cuando pasó frente al comisariato, otros doscientos metros más adelante, el dolor empezó a aumentar tomándole todo el brazo izquierdo. Casi frente a la sede del banco se detuvo, apretó el brazo izquierdo con su mano derecha. Se apoyó de la pared porque le flaquearon las piernas. Su frente diluviaba cegándole la visión. Quiso soltarse los botones de la camisa porque sintió que se ahogaba, cuando las palpitaciones en la garganta que le acallaron cualquier posibilidad de pedir ayuda.

Sin esperarlo, un latigazo en el pecho, con la fuerza de un centellazo, le hizo caer de rodillas. La humanidad de casi

dos metros de altura se desplomó sobre la acera, hundiendo casi un metro más al suelo de Puerto Nuevo.

Uno de los que hacía cola en el banco gritó:

—¡Vergación! ¡Ayúdenme que es Germán Navarro, coño!

Germán no escuchó aquel grito, tampoco el ruido de los que lo levantaron para subirlo a una camioneta *pick up* color blanco, con logos de la empresa en la que trabajaba. Escuchó, sí, un profundo silbido quién sabe de dónde que ensordecía el ambiente; luego lo atrajo una voz dulce, suave, familiar, que pudo identificar muy fácilmente.

Miró alrededor y se dio cuenta que estaba sentado en la tierra, debajo de un yagrumo y a la orilla de la quebrada Aguada Grande. Vio a María Victoria con sus clinejas recién trenzadas parada con el agua hasta los tobillos y los brazos abiertos, llamándolo. Tuvo la conciencia de que ese era el momento. Se puso de pie y caminó al encuentro de su hermana.

Epílogo

Puerto Nuevo va desaparecer. Eso fue decretado por el gobierno en 1992. El hundimiento de la tierra obligará a dejar aquel suelo que tanto petróleo ofreció desde sus entrañas. Los habitantes, hijos de los obreros en terceras o cuartas generaciones, serán removidos (reubicados dicen) a otra tierra como se remueven las plantas adultas.

Todos los campamentos petroleros serán destruidos para que nadie vuelva a habitar ese pedazo de territorio robado al lago. Solo quedará un suelo irregular, como bombardeado, para que siga su camino de vuelta al centro de la tierra.

En el aire, flotarán millones de recuerdos sin hogar, lágrimas y risas atrapadas entre el pecho y la boca de:

Lagunillas

Dónde cabrá mi calle
el día
que descuajen las raíces
el sol alumbre lejos
se marchen a otro cielo
los fantasmas familiares
cuando Lagunillas
ya no sea
y toda vida quepa
en una montaña de escombros
hundida
camino del infierno

edificaré nuevo puerto
lejos de este mundo
que no se pierda / oscurezca / borre
al caer el último techo
espejismos de gente sin eco
cruzaré
 cantando silencios
 llanto por encima de las olas
y no sabré
de subsidencias
ni decretos oficiales
ni planes de reubicación
mi corazón
pulsión invisible / tambor antiguo
navegará
en mareas de calor
como ánima del recuerdo
esta pequeña babel
este puerto que naufraga
hogar y cartón de identidad
vivirá siempre
 donde yo viva
donde muera.

Contenido

Capítulo 1	<i>Las clinejas de la niña</i>	11
Capítulo 2	<i>La mortaja de papá Lionzo</i>	21
Capítulo 3	<i>Las agujas de El Reloj</i>	27
Capítulo 4	<i>Una vuelta de dados</i>	33
Capítulo 5	<i>Peregrinación</i>	43
Capítulo 6	<i>De una vez y para siempre</i>	55
Capítulo 7	<i>Contrato de sangre</i>	59
Capítulo 8	<i>La opción del petróleo</i>	63
Capítulo 9	<i>Del diamante a "la chel"</i>	69
Capítulo 10	<i>La nueva esclavitud</i>	75
Capítulo 11	<i>Fin del peregrinaje</i>	81
Capítulo 12	<i>Tierra sin raíces</i>	87
Capítulo 13	<i>De vuelta a Aguada Grande</i>	91
	Epílogo	97

Puerto Nuevo, de Ernesto J. Navarro,
se terminó de imprimir para El Taller Blanco Ediciones
en el mes de septiembre de 2021, en los talleres gráficos
de Gente Nueva Editorial (barrio Teusaquillo, Bogotá)

